

REVISTA DEL

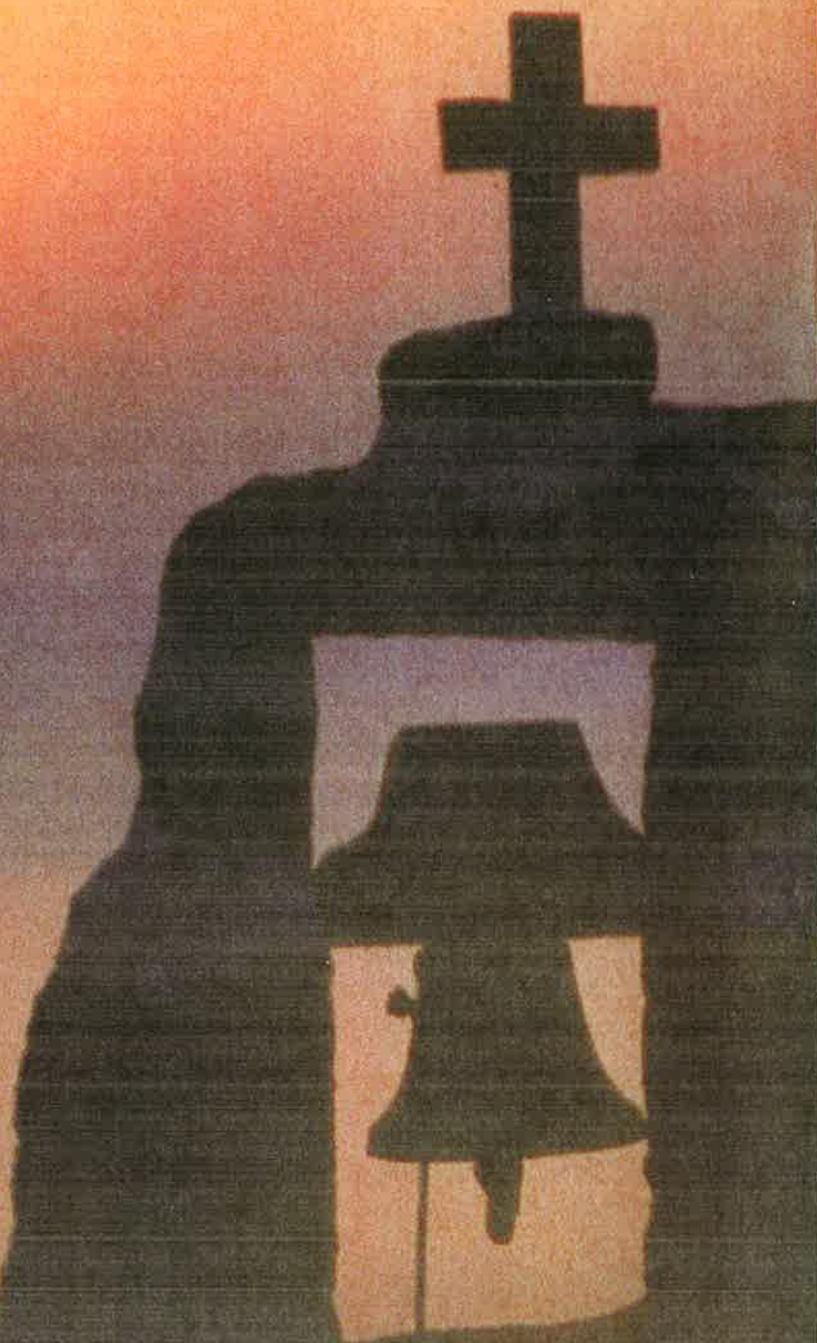
Anciano

Publicación trimestral para los ancianos de iglesia

Número: 59

El **Sábado**

¿Quién cambió el día de reposo?



Contenido

Secciones

- 3 Editorial
Israel Leito
- 4 Al punto
Roberto Herrera
- 16 Tome nota
- 23 Atentos a las señales
Francesc X. Gelabert
- 26 Lo nuevo de GEMA / APIA
J. Vladimir Polanco
- 30 Para predicar mejor
Pablo Perla



Artículos

- 6 El Salvador y el sábado
Gerhard F. Hasel
- 10 El sábado y mi cumpleaños
J. David Newman
- 13 Del sábado al domingo
Samuele Bacchiocci
- 18 El sábado y la familia
Fernando Zabala
- 20 Anotaciones
de un observador del papado
Lincoln E. Steed



Revista del Anciano

Número 59

PUBLICACIÓN TRIMESTRAL.
Asociación Ministerial
de la Asociación General
de los Adventistas del Séptimo Día
División Interamericana
8100 SW 117 Ave.
Miami, Florida 33183, EE. UU.
Tel. 305 403 4644

SECRETARIO MINISTERIAL.
James Cress / Héctor Sánchez

COLABORADORES ESPECIALES
Sharon Cress, Willie Huckes II,
Carl Johnston, Gerry Karst,
Anthony Kent, Leslie Pollard,
Peter Prime, Nikolaus Satelmajer

CONSULTORES
División del África Central y Occidental
R. Danforth Francis
División del África Central y Oriental
John Kakembo
División Euroafricana
Bruno Vertallier
División Euroasiática
Pavel Khiminets
División Interamericana
Héctor Sánchez
División Norteamericana
David Osborne
División del Pacífico Norte de Asia
Miguel Luna
División del Pacífico Sur
Gary Webster
División del Pacífico Sur de Asia
Houtman Sinaga
División Sudamericana
Alejandro Bullón
**División del Sur de África
y del Océano Índico**
Pasumore Hachalinga
División Trans-europea
Daniel Duda

Editor de la versión en español
Pablo Perla
Editor asociado
J. Vladimir Polanco

Para todo lo relacionado con las
suscripciones y cambios de dirección,
diríjase a la Asociación Ministerial
de la División Interamericana

Impresión y encuadernación
Stilo Impresores Ltda.
Bogotá, Colombia

El sábado, punto de convergencia en el universo

ISRAEL LEITO

DESDE LA INTRODUCCIÓN del pecado en el mundo, Dios ha dejado muy claro que no descansará hasta que la familia humana vuelva a vivir en perfecta unión y armonía con el resto del universo, tal como sucedía antes del pecado. Tan decididos eran el esfuerzo y la determinación del Señor, que dio a su Hijo unigénito para que todo aquel que en él cree no se pierda. Cristo vivió y enfrentó la muerte para hacer realidad este gran deseo de parte de Dios. Abrió el camino para que todos podamos llegar al Padre sin preocuparnos lo más mínimo por ser rechazados por lo que hemos sido, lo que somos, o lo que podemos llegar a ser sin Cristo.

Sin embargo, es inconcebible que se pueda desear estar unido a Dios y al mismo tiempo persistir en mantenerse alejado de los demás seres humanos. Cuando Jesús afirmó que «el sábado fue hecho para el hombre» estaba pensando en mucho más que simplemente apartar un día para dejarlo todo y dedicarnos solamente a «trabajar» en mejorar la relación entre Dios y el ser humano. Estaba pensando también en la relación de los seres humanos entre sí.

El sábado, recordativo de la creación, tiene por finalidad restaurar las cosas a como eran antes de la caída, a la vez que nos da una idea de cómo serán tras la restauración de todas las cosas, cuando habrá de nuevo una perfecta armonía del ser humano con Dios y con los demás seres humanos. Si queremos tener anticipadamente un atisbo de esa perfección que nos está reservada, debemos considerar que este tipo de armonía solo puede lograrse por medio de una disposición a relacionarnos equilibradamente con los demás seres humanos, de tal manera que Dios se agrade y facilite así la relación con él. «Si alguno dice: “Yo amo a Dios”, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?» (1 Juan 4: 20). La disposición a amar al hermano al que vemos, al otro ser humano próximo a nosotros, es el camino más rápido para aprender a amar a ese Dios que no hemos visto físicamente, pero cuya existencia hemos descubierto en nuestra vida.

Por naturaleza, el ser humano solo es sociable en el ámbito de lo que conoce, y con aquellos que le son extraños tiende a colocar etiquetas, estableciendo así diferencias para discernir entre los distintos tipos de personas que se figura que existen. Hasta tal punto esto ha sido siempre así que ya en tiempos bíblicos se hablaba de «los de la circuncisión y los

incircuncisos» (ver Rom. 4: 9). Pero cuando Pablo, en Efesios 2: 11, comentaba: «Por tanto, acordaos de que en otro tiempo vosotros, los gentiles en cuanto a la carne, erais llamados incircuncisión por la llamada circuncisión» era para destacar que ya Cristo había derrumbado ese muro de separación. Los de la «incircuncisión», tal como se referían los judíos a los gentiles por no haber sido circuncidados en la carne, eran considerados por los israelitas como excluidos del pueblo de Dios. Sin embargo Pablo, tal como leemos en Romanos 2: 28, vino a decir que «no es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne».

Cristo eliminó las diferencias culturales, socioeconómicas e incluso raciales y de sexo, como muestra de la salvación establecida por y con Dios. De modo que el griego ya no tenía autoridad de llamar «bárbaro» al no griego, por considerarse más cercano a los dioses. Los judíos perdieron la autoridad de llamar «perro» al no judío, por considerar que solo él, como perteneciente al pueblo de Israel, tenía acceso a Dios. Samaritanos y judíos ya podían relacionarse sin perjuicios, porque Cristo había hecho de los dos, uno solo.

Jesús puso fin a estas barreras, porque en la victoria final las cosas serán de un solo pueblo que adora en unidad en el día del Señor. El sábado es la mayor exposición del cumplimiento del plan de la salvación. En Isaías 66: 22, 23 leemos: «Porque como los cielos nuevos y la nueva tierra que yo hago permanecerán delante de mí, dice Jehová, así permanecerá vuestra descendencia y vuestro nombre. Y de mes en mes, y de sábado en sábado vendrán todos a adorar delante de mí».

No se deben pasar por alto tres aspectos importantes que se desprenden de estos versículos:

1. Habrá adoración en sábado.
2. Se adorará en la perfección que existía antes de la caída.
3. «Vendrán todos» en perfecta armonía.

Al observar el sábado hoy, hacemos memoria de la obra creadora de Dios, pero también recordamos con amor la obra de salvación en la cruz. Pero por encima de todas estas cosas, nos anticipamos en el día del sábado a la unidad perfecta que algún día existirá de nuevo entre el ser humano y Dios, y entre los seres humanos, celebrando así la victoria final de Cristo y regresando a la unidad con los seres no caídos del universo.

Cada sábado el Señor dirá «misión cumplida, ya no hay división ni separación en mi universo».

Celebremos el sábado como un anticipo de esta victoria final del Señor.

¡Maranatha! --

*Israel Leito es presidente de la División Interamericana.
Escriba su opinión sobre este editorial a: anciano@iadpa.org*

¿Día del Señor o día de la iglesia?

Roberto Herrera

«Si no los conseguimos el sábado (a los miembros de la iglesia) ya no habrá otra oportunidad». Así que el «día del Señor» poco a poco se ha convertido en «el día de la iglesia».

LA DOCTRINA DEL SÁBADO no solo es una verdad que distingue a la Iglesia Adventista del Séptimo Día, sino también una creencia de profundo significado bíblico que comunica a cada hijo de Dios verdades tan importantes como que Dios es nuestro creador, que suple nuestras necesidades, que desea y ha tomado la iniciativa de tener una relación personal y permanente con nosotros.

El sábado también nos recuerda que Dios nos ha llamado a ser santos, y que ha hecho del día de reposo un sello que certifica esa realidad, que debemos poner las cosas espirituales por encima de las materiales, que hemos de hacer el bien a quien lo necesite y vivir centrados en la esperanza gloriosa del descanso eterno que nos aguarda junto a Dios, cuando de sábado en sábado vendrá toda carne delante de él para adorar (ver Isa. 66: 23).

Por todo esto el sábado es rico en significado espiritual, variado en las bendiciones que trae en su estela, y definitivamente es un día digno de ser disfrutado al margen de toda distracción.

Pero, con el paso del tiempo, en muchas iglesias el sábado ha llegado a ser simplemente un día idóneo para llevar a cabo todas las reuniones y programas que los dirigentes han planificado. En más de un lugar el lema es: «Si no los conseguimos el sábado (a los miembros de la iglesia) ya no habrá otra oportunidad». Así que el «día del Señor» poco a poco se ha convertido en «el día de la iglesia».

Ahora bien, debemos reconocer que la iglesia no es Dios, es solo un medio establecido por él para poner la salvación al alcance de los seres humanos. En palabras del apóstol Pablo, la iglesia posee un gran tesoro en «vasos de barro» (2 Cor. 4: 7). Pero no podemos olvidar que el tesoro es

Cristo, no la iglesia. Por lo tanto, el hecho de que la iglesia tenga la necesidad de realizar muchas reuniones y programas, no es una razón para tomar el sábado y convertirlo en un día institucional en lugar de permitir que sea lo que Dios planeó: un día espiritual (ver Mar. 2: 28).

No fue la iglesia la que declaró santo al sábado, fue Dios quien lo bendijo y lo santificó (Gén. 2: 3). En honor a la verdad, me parece que hay muchas iglesias que no guardan el sábado adecuadamente. Fíjese bien que estoy diciendo «iglesias», y esto es un problema sobre todo de los dirigentes. Como resultado de esto, también muchos miembros de iglesia no han aprendido a ver al sábado como una «delicia, algo santo, glorioso del Señor» (Isa. 58: 13, Nueva Versión Internacional), sino como el día de la semana que ha sido dedicado a los negocios de la iglesia.

Frente a este cuadro es obvio que los ancianos de la iglesia tienen una enorme responsabilidad. Y en muchos casos esta responsabilidad pasa por (1) desaprender muchas cosas que hemos visto que se hacen en la iglesia durante el sábado y (2) volver a la Biblia para redescubrir el verdadero propósito y significado del sábado. Cuando eso ocurra, creo que los ancianos estarán listos para estas tres cosas:

- ✓ Ser un ejemplo para la iglesia en cuanto a la observancia del día del Señor.
- ✓ Enseñar a los miembros lo que realmente cree y predica nuestra iglesia en cuanto a la doctrina del sábado.
- ✓ Respetar la autoridad de Dios y el derecho que tienen los miembros de disfrutar el sábado en comunión con su Señor. Esto es posible si dejamos de saturar el sábado con tantas reuniones y actividades que aunque son «religiosas» muchas veces no son más que resultado del afán por ver avanzar nuestra propia agenda.

Me parece que en todo esto hay mucho para pensar, y punto. --

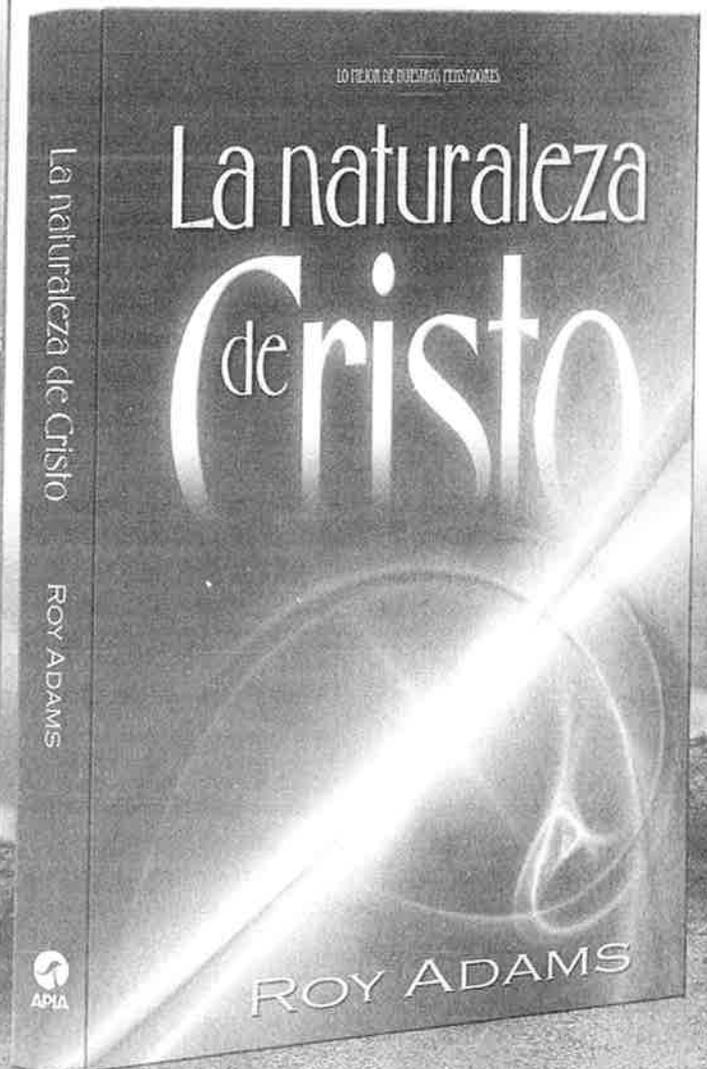
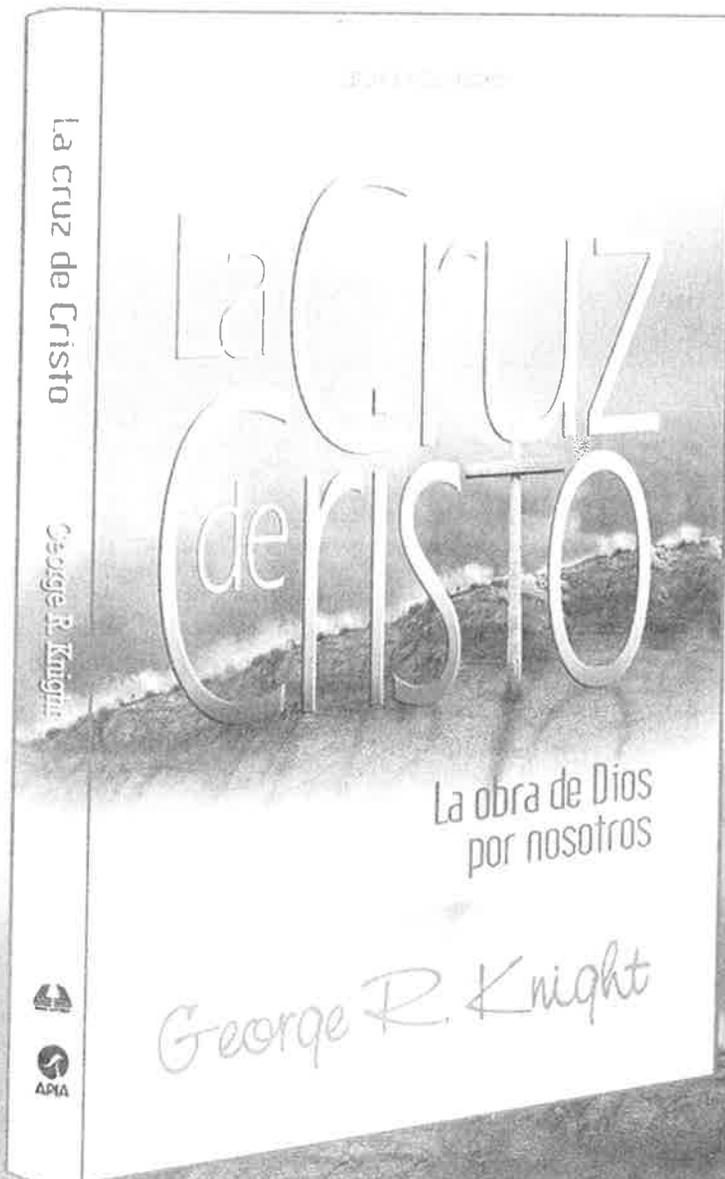
Roberto Herrera es director asociado de Mayordomía de la División Interamericana.

Escriba su opinión sobre esta sección a: herrerarao@interamerica.org

APIA se complace de presentar

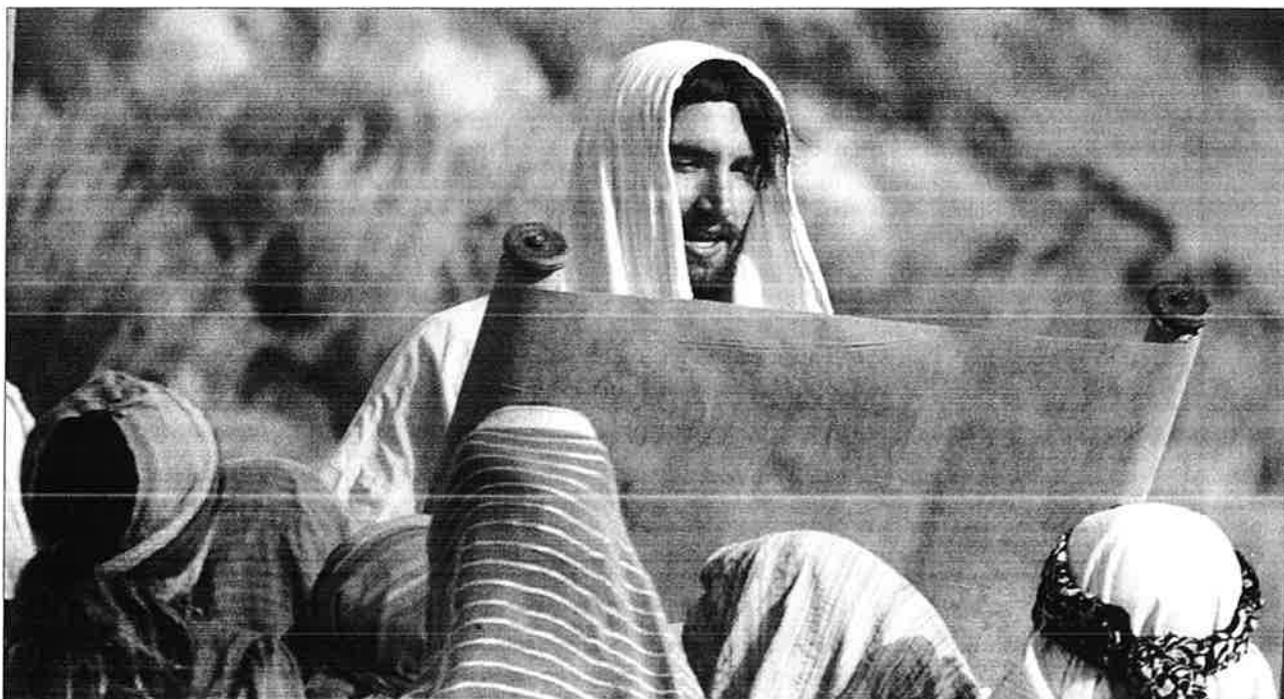
LO MEJOR DE NUESTROS PENSADORES

Una serie que revolucionará su vida y le llevará
a una completa comprensión de Cristo
y de su plan de salvación



El Salvador y el sábado

GERHARD F. HASEL



NO PODEMOS SEPARAR al Salvador de su sábado. Tampoco hemos de ignorar la relación que existe entre él y los que han recibido la salvación con el día de reposo, pues el Salvador y el sábado están estrechamente relacionados el uno con el otro. El Salvador no sería el Salvador sin aquellos a quienes salvó, y los salvados nunca podrían ser salvos si no existiera el Salvador y el plan que este diseñó para salvarlos, del cual forma parte el sábado.

Cuando Jesús estuvo en este mundo con su divinidad velada por la humanidad; cuando llevó en sí mismo la naturaleza humana con todas sus debilidades; cuando tuvo que confrontar tentaciones semejantes a las nuestras; cuando fue totalmente dependiente del poder de Dios para enfrentar y vencer a Satanás, de la misma manera que nosotros somos dependientes de ese poder para vencer las artimañas

del príncipe de las tinieblas, nuestro amado Salvador le dio al tema del sábado un papel muy importante.

Jesús y el sábado

«También les dijo: “El sábado fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del sábado”» (Mar. 2: 27).¹

El de Marcos es el más breve de los cuatro Evangelios, sin embargo, contiene muchas enseñanzas y detalles que no encontramos en los demás. Si no fuera por los escritos de Marcos, estas enseñanzas de Jesús no estarían al alcance de nosotros. Aun cuando tanto Mateo como Lucas narran la historia que aparece en Marcos 2, solo el Evangelio de Marcos contiene las palabras de Jesús en respuesta a la acusación hecha a los discípulos de haber violado la ley con respecto al día de reposo.

Era un hermoso sábado de primavera cuando Jesús y sus discípulos iban caminando a través de los campos de grano maduro. Como tuvieron hambre, los discípulos tomaron algunas espigas del grano y las restregaron para comerlas. El judaísmo consideraba que esta labor de «cosecha» estaba prohibida en sábado. Lucas menciona que los discípulos las «restregaron en las manos» con el propósito de separar el

Gerhard F. Hasel sirvió como profesor de Antiguo Testamento y teología bíblica en el Seminario Teológico Adventista de la Universidad Andrews.

*Escriba su opinión sobre este artículo a:
anciano@iadpa.org*

grano de la cáscara, por lo que eran, según los rabinos, doblemente culpables, pues esto también estaba prohibido. La tradición rabínica condena treinta y nueve actos entre los que se encuentran el «recoger» y el «restregar».

Imaginen como se levantaron las cabezas, llenas de sorpresa y consternación, mientras los fariseos que acompañaban a Jesús y sus discípulos, se miraban unos a otros al darse cuenta de que el Maestro había fallado al no reprender a sus discípulos por cometer este acto prohibido en el día de reposo. Era demasiado para ellos. No podían quedar allí parados y dejar pasar por alto aquel acto de franca violación al sábado. Se dirigieron al Maestro y lo reprendieron: «Mira, ¿por qué hacen en sábado lo que no es lícito?» Jesús les respondió citando lo que hizo David cuando él y sus hombres tuvieron hambre (ver Mar. 2: 25, 26). Si estuvo bien que David satisficiera su hambre cuando comió de los panes que habían sido apartados para un uso santo, entonces no había ningún problema en que los discípulos recogieran algunas espigas para satisfacer su hambre durante las horas del sábado.

Jesús pronunció una sentencia chocante, pero única: «El sábado fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del sábado». El sábado —dijo Jesús— se instituyó para servir al bienestar del ser humano, el ser humano no fue creado para ser un esclavo del sábado. En los tiempos de Jesús, parece que existía un dicho judío, atribuido a Rabbí Simeón ben Menasya, que se remonta a la época de Matatías, padre de los Macabeos: «El sábado es entregado a ti, tú no eres entregado al sábado». Sin embargo, este dicho rabínico solo indicaba que las labores que estaban prohibidas en sábado solamente se permitían en caso de que la vida humana estuviera en riesgo. El judaísmo, en su afán de procurar una fiel observancia de la ley, inventó una gran cantidad de regulaciones adicionales que se caracterizaban por su estricta meticulosidad en el cumplimiento de los detalles.

El sábado y el legalismo

La Biblia menciona una de las regulaciones adicionales más conocida, el llamado «camino de un día de reposo». Según esta regulación, durante las horas del sábado únicamente se podía caminar las dos terceras partes de una milla (aproximadamente un kilómetro). Durante las horas del sábado estaba prohibido, incluso, encender una luz, o encender un fuego. Para este tipo de trabajo era necesario un gentil. Si una gallina ponía un huevo en sábado, este debía ser vendido a un gentil. Mirarse en el espejo era considerado un acto de violación del día de reposo.

El número total de los actos prohibidos en el día de reposo, de acuerdo al rabino Yohanán llegaba a los 1.521. La observancia del sábado había perdido su significado y había degenerado en mero legalismo. El legalismo te hace religioso a la fuerza.

Un adventista, relatando una experiencia en una reunión, dijo conocer a cierto hombre de negocios. Cuando se pre-

sentó como adventista del séptimo día, el hombre de negocios le relató que en cierta ocasión, mientras viajaba en su auto se quedó sin gasolina. Estaba lloviendo, pero por fortuna para él su vehículo se había detenido bastante cerca de una estación de combustible, por lo que pudo traer el auto justo hasta el dispensador. Se asombró de que nadie saliera a atenderlo e hizo sonar la bocina de su auto. Al notar que no hubo ninguna reacción, decidió tomar su capa y salir hasta la puerta de la casa que estaba cerca de la estación de combustible, tocó el timbre y enseguida un señor salió a atenderlo. Al darse cuenta de que era el propietario de la estación de combustible, el hombre de negocios le dijo que se había quedado sin gasolina. El dueño de la estación le explicó que era adventista, y que no hacía ningún tipo de negocios en sábado, porque era su día de descanso. El hombre le solicitó que le diera solo un mínimo de combustible para poder llegar a la estación más cercana, el dueño no accedió, obligando al hombre a seguir a pie, bajo la lluvia hasta la siguiente estación.

El legalismo no tiene compasión, el legalismo no tiene a Cristo, el legalismo mata todo acto de bondad, está en contra de toda buena intención. Jesús expresó su grito de liberación: «El sábado fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del sábado» (Mar. 2: 27).

Por palabra y acción, Jesús demostró que es bueno y correcto hacer el bien durante las horas sagradas del sábado. Cuando Jesús refirió a los fariseos su pregunta de si era correcto o no hacer el bien en sábado, confrontó el judaísmo con respecto a lo bueno o lo malo de guardar el sábado. En los milagros realizados en sábado, los cuales resultaban ofensivos para los fariseos, pero llevaron sanidad a las personas que lo recibieron, Jesús condenó el legalismo. Él eliminó la insensibilidad de las restricciones judías, el Salvador honro el día de reposo y restauró su significado de salvación.

El sábado es para todos

Según el pensamiento judío, el sábado pertenecía únicamente a Israel. «Porque él no apartó a ningún pueblo para guardar el sábado sino a Israel; solamente a él ha invitado a comer y beber y a observar el sábado» (Jubileos 2: 31).

En contra de esta posición tan restrictiva, que limita el sábado a una nación en particular, Cristo tomó una manera abarcante. El sábado no fue hecho para los judíos, ni para los adventistas del séptimo día. No, el sábado fue hecho para el hombre en sentido general. Fue hecho para todas las generaciones de la humanidad. Elena G. de White dijo en conexión al sábado que «las instituciones que Dios estableció son para beneficio de la humanidad». Por lo tanto, el sábado tiene una dimensión universal.

Ahora bien, conocer que el sábado es para toda la humanidad nos da un ineludible mandato de hacer que la verdadera observancia del sábado sea conocida por todo el mundo. El hecho de que ha sido creado para beneficiar a toda la humanidad, o sea, a cada individuo de la familia

humana, nos da una razón para nuestra existencia como pueblo llamado por Dios a fin de que llevemos este mensaje a un mundo que no tiene descanso.

El sábado es uno de los pilares de la iglesia remanente de Dios. La tarea de compartir esta verdad, este conocimiento acerca del sábado y su significado es nuestra, no pertenece a ningún otro pueblo. No podemos perder esto de vista. Tenemos que cumplir con este solemne mandato o perderemos la razón principal de nuestra existencia, indicándonos esto, que no hemos comprendido la razón por la cual se nos dio el sábado como un regalo.

Marcos subraya de manera enfática la universalidad del sábado. Jesús mismo dijo: «Por tanto, el hijo del hombre es Señor aun del sábado» (Mar. 2: 28). Esta declaración de ninguna manera sugiere que Jesús abolió el sábado. Al contrario, reafirma su señorío sobre el sábado. Aquel que era el Señor y Salvador de la humanidad, que era el Creador y Redentor del hombre, también era el Señor del sábado. Él determinó su uso y propósito. Juan nos dice que «todas las cosas por medio de él fueron hechas y sin él nada de lo que ha sido hecho fue hecho» (Juan 1: 3). Hebreos 1: 2 dice que el mundo fue hecho por medio del Hijo. De allí que Jesucristo es el creador del sábado. El sábado es, entonces, el día del Señor Jesucristo, o sea el día del Señor. Le pertenece a él, es posesión suya. Y aún más que eso, es su regalo para todos nosotros.

Dios, el ser humano y el sábado

Para entender que el sábado es un regalo de Dios a la humanidad, debemos comprender las tres declaraciones de Génesis 2: 2, 3 y que describen la particularidad del séptimo por encima de los demás días del ciclo semanal. «El séptimo día concluyó Dios la obra que hizo, y reposo el séptimo día de todo lo que había hecho, entonces bendijo Dios el séptimo día y lo santificó, porque en el reposó de toda la obra que había hecho en la creación».

Se ha escrito y se ha dicho mucho con respecto a esto. Dios acabó la obra de la creación por medio de Cristo. Hasta aquí no podemos siquiera decir que hemos comprendido lo esencial de esta enseñanza. Pero hay algo que debemos destacar. Este acto final en la obra de la creación de Dios debe ser visto desde el marco de dos aspectos fundamentales alrededor de los cuales gira toda la historia de la creación. En un lado está Dios, Jesucristo el creador y en el otro está el ser humano, que es corona de la creación.

Uno pudiera esperar que con la creación del hombre, la historia de la creación llegara a su fin. Pero no es así. Para nuestra sorpresa algo muy significativo e inusual ocurre en el séptimo día, el sábado. Todo el proceso de la creación encuentra su verdadero y principal propósito en la historia del sábado. Así que tenemos los tres fundamentos de la historia de la creación: Dios, el ser humano y el sábado. Tenemos además una correlación entre Cristo, su obra a favor del hombre, y el sábado como un regalo para la humanidad desde el principio del mundo.

Estuve estudiando los relatos y mitos sobre la creación que circulan en el antiguo Oriente Medio. Una de las cosas que me sorprendió mientras estudiaba fue el hecho de

El sábado fue hecho para el hombre en la creación. En su vida terrenal, Jesús liberó el sábado de las restricciones judías y lo restauró dándole el sentido con el cual había sido creado. Dios llevó a cabo una obra, de todas maneras, en el séptimo día, pero esa obra era diferente a la realizada los otros seis días previos de la creación.

que no se encuentra, en todos los relatos de la creación en las demás religiones del mundo, ninguna escena en la que se describa a Dios descansando como aparece en el relato bíblico de Génesis 2: 1-3. En contraste con la algarabía que acompañaba el festival de los dioses de Babilonia al final de la creación por Marduk, cuando eran vociferados cincuenta epítetos honoríficos, la narración bíblica nos cuenta del solemne silencio y descanso del creador del mundo. «El séptimo día concluyó Dios la obra que hizo y reposó». Podríamos equivocarnos al pensar que Dios estaba cansado y necesitaba un descanso físico. No. Cuando Dios creó solamente necesitaba decirlo y las cosas venían a la existencia. El énfasis aquí es distinto. Cristo, el Creador, se identificó a sí mismo con la humanidad, dándonos un ejemplo a seguir a través de los milenios en el ciclo semanal.

Esta frase también demuestra con claridad que el séptimo día es tan antiguo como lo es el mundo, y no tan joven como lo es el pueblo de Israel. El sábado fue hecho para el hombre en la creación. En su vida terrenal, Jesús liberó el sábado de las restricciones farisaicas y lo restauró dándole el sentido con el cual había sido creado. Dios llevó a cabo una obra, de todas maneras, en el séptimo día, pero esa obra era diferente a la realizada los otros seis días previos de la creación. Quizá empezamos a apreciar, desde este punto en la Sagrada Escritura, que el descanso sabático no significa simplemente una «inactividad inútil», sino saludable descanso, alabanza y hacer el bien a los demás.

«Dios bendijo el séptimo día». Jesús no dejaba que ese día pasara sin realizar alguna labor que beneficiara al ser humano. ¿Cómo podemos entender la bendición del sábado? Cuando alguien es bendecido, en el sentido bí-

blico, fuerzas especiales de vida son colocadas sobre esa persona. Pero, ¿cómo podemos entender que un día es bendecido? Obviamente tenemos que entender que en este día, Dios colocó algo especial que ningún otro de los días de la semana posee. Él puso fuerza vivificante en este día. Esa fuerza puede ser transferida a aquellos que descansan en él. Es por esto que el sábado fue hecho «para beneficio de la humanidad».³

La desobediencia al mandamiento del sábado nos separa de la fuerza vivificante disponible para la existencia de todos nosotros. Por medio de la bendición que Dios prometió, el séptimo día recibió el poder vigorizante y beneficioso que enriquece la existencia humana.

Dios santificó, o separó el séptimo día. Esto es algo completamente único. El término «santificó» debe ser entendido en su sentido original, pues tiene que ver con una separación para un uso exclusivo. Debe separarse de todos los usos cotidiano y tratado como una posesión divina. El séptimo día es así un día que Dios apartó, en la misma creación del mundo, con un propósito especial. Todo aquel que entra en contacto con este día debe prepararse a sí mismo y ha de reconocer que está en territorio sagrado, en un lugar que es propiedad de Dios.

Es bueno recordar que al principio de la creación, en el primer día, Dios hizo una división especial. Él separó la luz de las tinieblas. Esta división llegó a ser determinante para la vida del ser humano, pues la existencia de toda la creación está firme en la polaridad del día y la noche. Luego, al final de

la creación, Dios separó los días de trabajo del día de descanso por medio de la santificación del séptimo día. Así, en la creación, Dios preparó un beneficio para los seres humanos en esta vida, lo que de hecho sería esencial para disfrutar lo mejor de la vida. De la misma manera un día Dios recibirá a los seres humanos en la eternidad (ver Hebreos 4).

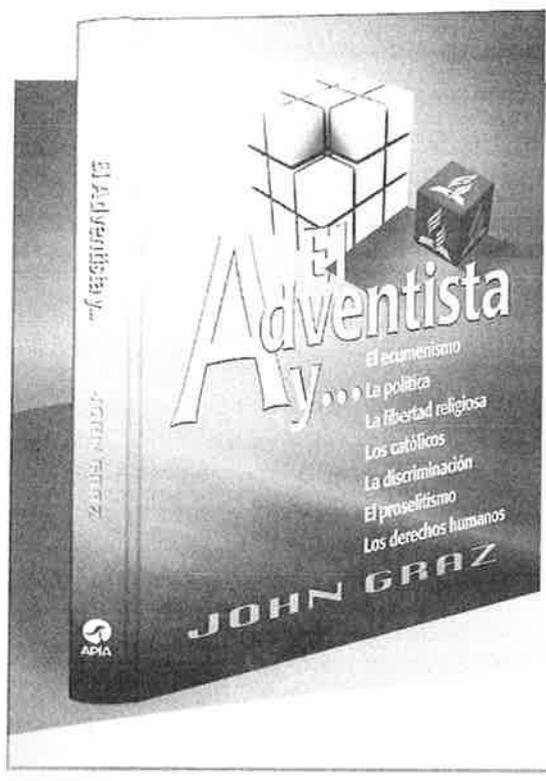
La correlación entre Dios, el hombre y el sábado en el principio de la creación, con el énfasis en el descanso, en la bendición y la santificación del sábado muestra por sí mismo ser un sólido fundamento para la correcta observancia de este.

Creo que nuestra fallas en cuanto a la correcta observancia del sábado son provocadas por la falta de conocimiento con relación al significado del día de reposo. Muy a menudo consideramos el sábado como un mero mandamiento y no reconocemos su importante papel en el plan de salvación.

Debemos comprender el significado del sábado como un día en el ciclo semanal que contribuye con nuestras funciones vitales, con el crecimiento espiritual, con la santificación y con la perfección. Esto es esencial si queremos experimentar todas las bendiciones del sábado y llegar a esa perfección que nos capacitará para que Cristo nos reciba en una comunión eterna con él. --

Referencias

1. Todas las citas bíblicas están tomadas de la versión Reina-Valera 1995, © Sociedades Bíblicas Unidas.
2. Elena G. de White, *El deseado de todas las gentes*, p. 254.
3. *Spiritual Gifts*, vol 3 p. 267s



¿Podemos los adventistas participar en la política?
 ¿Por qué defender la libertad religiosa en el tercer milenio?
 ¿Cuál debe ser nuestra relación con el movimiento ecuménico?

¿Y tu posición cuál es?

**Este libro impactará
 tu vida**

El sábado y mi cumpleaños

¿Qué tienen en común?
¿Qué lecciones podemos aprender?

J. David Newman



A LOS NIÑOS NO SUELEN gustarles mucho los viajes largos en automóvil, y yo no era la excepción. Íbamos de Washington, D. C. a San Francisco, y habíamos llegado al desierto de Arizona. La carretera parecía perderse en el horizonte y yo estaba aburrido y cansado como cualquier niño de seis años lo estaría.

De repente, alguien mencionó la fecha de aquel día: 18 de junio. Al instante salté en el asiento: «¡Hoy es mi cumpleaños! ¿Por qué nadie se ha dado cuenta de que estoy cumpliendo siete años?».

J. David Newman es pastor en la Iglesia Adventista del Séptimo Día «Nueva Esperanza» de Fulton, Maryland, Estados Unidos.

*Escriba su opinión sobre este artículo a:
anciano@iadpa.org*

Mis padres me explicaron que no me habían dicho nada porque no podían celebrármelo, y esperaban que no me diera cuenta de la fecha. Sin embargo, me prometieron que lo celebrarían y que recibiría regalos cuando llegáramos a San Francisco. La verdad, ese no fue el mejor de mis cumpleaños.

Los cumpleaños son muy importantes para los niños porque en esa fecha se les recuerda lo especiales e importantes que son. Es por ello que aun siendo adultos nos sentimos desilusionados cuando algún ser querido se olvida de esta fecha tan especial para nosotros. Nuestro cumpleaños nos recuerda que somos únicos, y al celebrarlo, nuestros seres queridos nos están diciendo de una manera indirecta que son felices porque existimos y que nos tienen en su corazón.

El cumpleaños del mundo

Dios creó la tierra en seis días, y cuando terminó celebró el «cumpleaños» de su obra en el séptimo día. Dios «bendijo el séptimo día, y lo santificó, porque en ese día descansó de toda su obra creadora» (Gén. 2: 3). Dios celebró, se regocijó y se deleitó en lo que había hecho. Era el cumpleaños del mundo.

Cuando Dios santificó el sábado en el cuarto mandamiento, lo asoció con el cumpleaños del mundo: «Acuérdate de que en seis días hizo el Señor los cielos y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos, y que descansó el séptimo día. Por eso el Señor bendijo y consagró el día de reposo» (Éxo. 20: 11).

Dios quería que a través del sábado recordáramos quién creó el mundo. ¿Es posible que nuestra negligencia en guardarlo haya contribuido con el agnosticismo y el ateísmo que muchas personas profesan?

Los seres humanos fueron hechos a imagen de Dios (Gén. 1: 26, 27), de toda la creación de Dios solamente ellos tienen esta peculiar característica. El sábado, como recordatorio de la creación, nos dice que cada ser humano es único e importante para Dios.

El cumpleaños de la libertad

El cuarto mandamiento pide que celebremos el sábado en honor de la vida que fue creada. Sin embargo, existe otra razón para celebrar ese día. Cuando Moisés repitió el mismo mandamiento en el libro de Deuteronomio, omitió el vínculo con la creación y en su lugar habla de la liberación de la esclavitud del yugo egipcio: «Recuerda que fuiste esclavo en Egipto, y que el Señor tu Dios te sacó de allí con gran despliegue de fuerza y de poder. Por eso el Señor tu Dios te manda observar el día sábado» (Deut. 5: 15).

El sábado, aparte de ser un recordatorio de la creación, es también un recordatorio de nuestra liberación del mal y de su poder opresor. De esta forma aunque el sábado tenía un significado especial para los israelitas, quienes fueron liberados de la esclavitud, no solo se limita a ellos. Nosotros también podemos verlo como un símbolo de nuestra liberación de cualquier cosa que nos oprima.

Nuestro cumpleaños espiritual

Pero hay un cumpleaños que es, incluso, más importante que el día en el que celebramos nuestro nacimiento físico. Nuestro nuevo nacimiento en Jesús es el cumpleaños más importante que podemos celebrar. La Biblia nos dice que «el que no nace de nuevo no puede ver el reino de Dios» (Juan 3: 3).

Hay un cumpleaños que es, incluso, más importante que el día en el que celebramos nuestro nacimiento físico. Nuestro nuevo nacimiento en Jesús es el cumpleaños más importante que podemos celebrar. La Biblia nos dice que «el que no nace de nuevo no puede ver el reino de Dios» (Juan 3: 3).

Los cimientos de este nuevo nacimiento fueron echados hace dos mil años cuando Jesús murió en la cruz. «Como levantó Moisés la serpiente en el desierto, así también tiene que ser levantado el Hijo del hombre [...]. Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna» (Juan 3: 14, 16).

Jesús es el Creador (Juan 1: 1-30). Él creó el mundo y también nos hizo a nosotros. Él estuvo junto al Padre cuando creó las criaturas y todas las cosas maravillosas de este planeta. Pero entonces llegó el pecado y estropeó este paraíso, arrebatándole a Dios su creación. A menos que algo drástico ocurriera, nadie tendría esperanza. Así que Dios instituyó el plan de salvación mediante el

plan de salvación mediante el cual redimió a este mundo caído, renovó a sus criaturas, e hizo posible que pudieran vivir para siempre como lo había planificado originalmente (Apoc. 13: 8).

Jesús murió un viernes, el sexto día de la semana. Esa tarde, mientras colgaba de la cruz y daba su vida para que nosotros pudiésemos vivir, dijo a viva voz: «Todo se ha cumplido», y expiró. El gran plan de redención había sido completado.

No es casualidad que Jesús haya muerto un viernes, completando su gran obra de restauración el sexto día de la semana, dado que él completó su gran obra de la creación también el sexto día de la semana.

En el sexto día Dios durmió a Adán y le sacó una costilla para formar a su esposa Eva. En el sexto día el segundo

Adán entró en el sueño de la muerte y una espada atravesó sus costillas para que nosotros también pudiésemos recibir a nuestra esposa, la iglesia.

Adán y Eva comenzaron sus vidas en el sexto día, al final de la semana de la creación. Su primer día de vida completo fue el sábado; es decir, que descansaron antes de trabajar. La vida de Jesús terminó al final de la semana; es decir, «descansó» el sábado después de haber «trabajado» para salvarnos.

Él pudo haber resucitado el sábado por la mañana, pero no fue así. Él escogió descansar el día que había apartado desde un principio, y se levantó en gloria el primer día de la semana.

Cristo instituyó el rito de la Comunión y el bautismo para recordarnos su muerte y su resurrección; pero a diferencia de estos dos, el tercer gran símbolo de la creación, el sábado, no depende de ningún objeto material para recordarnos la salvación. Se trata de un regalo en el tiempo que no puede ser estirado, comprimido, reconstruido ni abolido.

Cuando Dios santifica un lugar debemos viajar a ese lugar para experimentar su santidad, pero cuando Dios santifica el tiempo, este viaja con nosotros. Siempre está allí para nosotros, dondequiera que vayamos.

Un recordatorio de su gracia

El sábado es un recordatorio personal de que somos salvos gracias a los méritos de Jesús y no por nuestras propias obras. Cuando finalmente terminamos las labores de la semana y descansamos el sábado, se nos recuerda que debemos abandonar cualquier intención de ganarnos el cielo por nuestros propios méritos. Cada sábado nos recuerda la obra completada por Jesús. Nuestra naturaleza humana nos incita a hacer algo de manera instintiva, y es que las cosas gratuitas o regaladas suelen causarnos suspicacia.

Para recordarnos que la salvación es gratuita, y que no podemos hacer nada por nuestros propios medios, Dios nos dio el sábado como un símbolo poderoso de nuestra libertad en Cristo. Es una lección práctica que nos recuerda continuamente que nuestras obras no tienen ningún valor para nuestra salvación. Al descansar de nuestro trabajo diario, descansamos en la obra que Jesús completó.

El sábado se convierte en nuestro cumpleaños o aniversario espiritual, un tiempo que nos dice cuán valiosos e importantes somos para Dios. Así como recibimos regalos en nuestro cumpleaños físico, cada siete días recordamos que hemos recibido la vida eterna, el mayor de todos los regalos. De ahí que sea tan importante que pongamos a un lado nuestras labores regulares el sábado. Si trabajamos ese día, estamos destruyendo el maravilloso simbolismo que Dios nos ha dado; enturbiamos la relación entre la fe y las obras.

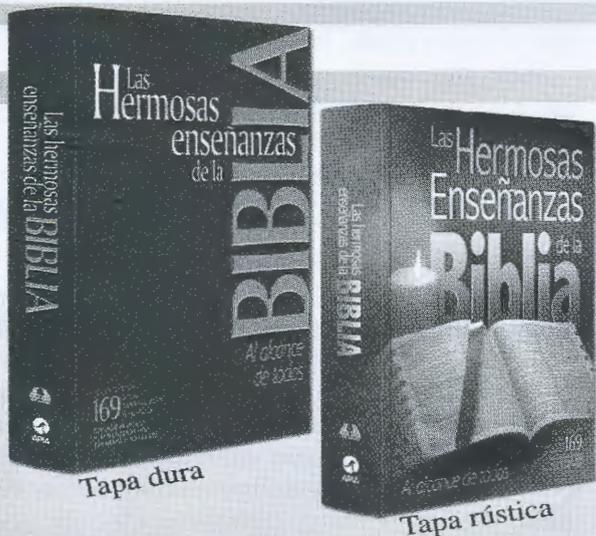
¿Qué cosas preparamos con antelación para una fiesta de cumpleaños o un aniversario? Hacemos la comida, horneamos un pastel, inflamos globos y limpiamos la casa antes de que lleguen los invitados. ¿Para qué? Para poder tener más tiempo para compartir con ellos. El sábado como un cumpleaños o aniversario es exactamente igual: preparamos la comida y alistamos todo con anterioridad, no porque tenemos que hacerlo, sino porque queremos pasar las horas de este día maravilloso en celebración con Dios y con nuestros amigos.

Los judíos perdieron el significado del sábado llenándolo de cientos de reglas; y muchos cristianos bien intencionados han hecho lo mismo hoy en día. Jesús no solo vino a redimirnos, sino a demostrar el verdadero significado del sábado. Por eso dijo: «El sábado se hizo para el hombre, y no el hombre para el sábado [...]. Así que el Hijo del hombre es Señor incluso del sábado» (Mar. 2: 27, 28). El sábado no era solo para los judíos, sino para toda la raza humana. Fue dado para nuestro disfrute y bendición. Jesús es el Señor del sábado porque él es nuestro redentor y desea compartirlo con nosotros.

El sábado nos recuerda que provenimos de Dios, nuestro Creador, que hemos sido liberados de la esclavitud y que Dios es más fuerte que cualquier poder humano. Nos recuerda nuestra liberación de la esclavitud espiritual mediante la muerte de Jesús en la cruz del Calvario.

Nuestro nacimiento físico siempre será especial, pero nuestro nacimiento espiritual lo es mucho más, pues nos recuerda que somos tan importantes y valiosos, que nuestro Creador, el Dios del universo, dio su vida por nosotros. Somos especiales y amados, somos su más preciosa posesión. †

La obra más completa y práctica sobre doctrinas bíblicas



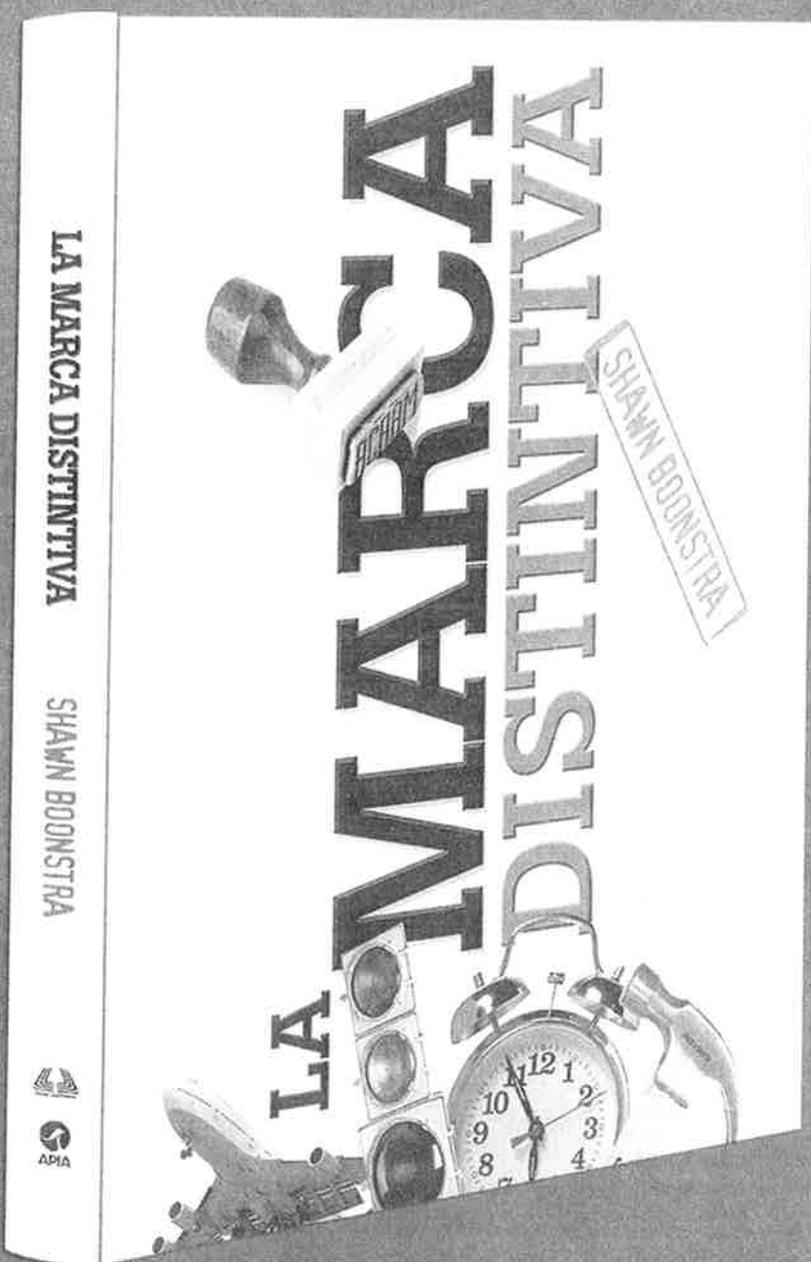
Si quiere conocer todas las enseñanzas bíblicas de forma exhaustiva, bien documentada y perfectamente argumentada, este libro es su mejor herramienta.

La obra más completa y práctica de su género, ahora completamente revisada, actualizada y ampliada por Francesc X. Gelabert.

GR

Las marcas ...

diferencian, separan, distinguen.



Si queremos ser personas distinguidas tenemos que saber cuál es la marca divina.

Escrito de forma muy original; con un lenguaje dinámico, moderno y al alcance de todos los públicos.

¿Cuál es esa marca?

Del sábado al domingo

¿Qué motivó el cambio en el día de adoración del sábado al domingo?

Samuele Bacchiocchi



DURANTE MUCHO TIEMPO, los eruditos han discutido sobre cómo el primer día de la semana —domingo— llegó a ser adoptado por la mayoría de los cristianos como el día de descanso y adoración en lugar del séptimo día —sábado— prescrito en la Biblia.

Sobre este tema, Tomás de Aquino, hizo una declaración que ha llegado a ser muy famosa: «La observancia del día del Señor tomó el lugar de la observancia del sábado no en virtud de un precepto [bíblico] sino que fue instituida por la iglesia».¹ En otras palabras, se atribuye a la autoridad eclesiástica, y no a la Biblia ni a los apóstoles, la adopción de la observancia del domingo. Esta es la posición de la mayoría de los historiadores que han estudiado el tema.

Recientemente, sin embargo, algunos eruditos han argumentado que la observancia del domingo tiene un origen bíblico o apostólico. Estos investigadores declaran que, desde los inicios de la iglesia cristiana, los mismos apóstoles escogieron el primer día de la semana en lugar del séptimo día, con el propósito de conmemorar la resurrección de Jesús.

Mi conclusión personal, es que estos eruditos están equivocados por dos razones. Primero, el cambio del sábado al domingo ocurrió en algún momento después del 135 d. C. Segundo, este cambio se llevó a cabo en Roma, no en Jeru-

salén. La opinión de que la iglesia apostólica de Jerusalén había sido la primera en fomentar el descanso dominical tiene dos suposiciones incorrectas. La primera de estas suposiciones, es que los apóstoles instituyeron la adoración en domingo como una liturgia distintiva del cristianismo, debido a que ese día Jesús resucitó y apareció a sus discípulos. La segunda, es que los apóstoles fueron motivados por el hecho de que los primeros cristianos de Jerusalén «ya no se sentían como en casa adorando durante las horas del sábado judío».²

Varios documentos antiguos refutan estas dos suposiciones. En el Nuevo Testamento no hay una sola declaración que prescriba o sugiera la conmemoración de la resurrección de Jesús en domingo. De hecho, el domingo es mencionado, no como el «día de la resurrección», sino como el «primer día de la semana».³

Las referencias más antiguas y explícitas sobre la observancia del domingo en lugar del sábado cristiano nos llegan a través de Bernabé y Justino (135 y 150 d. C.). Ambos escritores mencionan la resurrección como la base para la observancia del domingo. Estas referencias confirman con toda propiedad, que el origen del domingo, como claman algunos, «se fundamenta solamente en el hecho de que Cristo resucitó el día después del sábado».⁴ Si la iglesia de Jerusalén fue

la que instituyó y promovió la observancia del domingo, deberíamos encontrar que la comunidad cristiana primitiva de dicha ciudad, pusiera a un lado, casi de inmediato, los servicios y las tradiciones judías. Quienes argumentan a favor de un origen apostólico para la observancia del domingo hacen esta misma declaración. Pero veamos lo opuesto. El libro de los Hechos, así como muchos otros documentos judeocristianos, persuasivamente demuestra que, tanto la composición étnica y la orientación teológica de la iglesia en Jerusalén eran profundamente judías. Lucas presenta a los miembros de la iglesia de Jerusalén, en una acertada descripción, como «celosos por la ley» (Hech. 21: 20).

El apego de la iglesia de Jerusalén a la «ley de Moisés» se refleja en algunas de las decisiones del concilio de Jerusalén, celebrado entre el 40 y el 50 d. C (ver Hech. 15). Únicamente «los hermanos de entre los gentiles que están [estaban] en Antioquía, Siria y Cilicia» fueron excluidos del rito de la circuncisión. No se hizo ninguna otra excepción para los cristianos judíos que siguieron circuncidando a sus hijos.

La declaración de Santiago en este concilio es muy significativa: «Porque Moisés desde tiempos antiguos tiene en cada ciudad quien lo predique en las sinagogas, donde es leído cada sábado» (Hech. 15: 21). Todos los intérpretes reconocen que, tanto en su propuesta como en la justificación de ella, Santiago reafirma la naturaleza obligatoria de la ley mosaica, que era leída cada día de reposo (sábado) en la sinagoga.

La última visita de Pablo a Jerusalén (58-60 d. C) nos da una idea. Santiago y los demás ancianos le informaron que miles de judíos convertidos a la fe cristiana eran «celosos por la ley» (Hech. 21: 20); luego, Pablo fue presionado por estos mismos líderes a probar que él también andaba «ordenadamente, guardando la ley» (Hech. 21: 24) cuando participó del rito de la purificación en el templo. A la luz de este profundo compromiso con la observancia de la ley, es muy difícil concebir que la iglesia de Jerusalén consintiera en eliminar la observancia del sábado, uno de sus principales preceptos, y que introdujera la observancia del domingo como día de reposo. Mientras las condiciones sociales, políticas y religiosas explican por qué un nuevo día de adoración ha sustituido al sábado, no explican la razón por la cual se escogió el domingo, a diferencia del viernes (día en que Jesús murió) u otro día. La influencia de la adoración al Sol en el primer día de la semana, provee la explicación más plausible. Aquí tiene su origen el vocablo anglosajón «Sun-day» (domingo) o *día del sol*. «Desde la primera parte del siglo II d. C. el culto al *Sol Invictus* [Sol invicto] era dominante en Roma y en otras partes del imperio». ⁵

Sabemos que el culto romano al sol influyó la liturgia y el pensamiento cristiano. Con frecuencia, los Padres de la Iglesia condenaban la veneración del Sol por parte de los cristianos. En el arte y la literatura cristiana antigua, el Sol es usado como un símbolo para representar a Cristo. Muchas iglesias, en los inicios del cristianismo, fueron cambiando de

posición geográfica; en lugar de estar orientadas hacia Jerusalén, como las sinagogas, se construían orientadas hacia el este con el propósito de quedar de frente al sol. El día del cumpleaños del Sol invicto (*dies natalis Sol Invictus*) fue escogido como la navidad cristiana.

Durante el siglo II, se produjo un cambio en el calendario romano que puede sugerir también la influencia de la adoración al Sol en la elección del domingo como día de reposo. La semana de siete días fue adoptada por el Imperio Romano en el siglo I d. C. Para entonces, al igual que ahora, los días de la semana eran nombrados en consonancia con los planetas. El día de Saturno era originalmente el primer día de la semana. El día del Sol, el segundo. Sin embargo, debido a la influencia de la adoración al sol se introdujo un cambio en el siglo II d. C y el día del Sol pasó a ser el primer día y a ocupar el lugar más prominente. (Cada uno de los demás días se adelantó y el día de Saturno de ese modo pasó a ocupar el séptimo día).

Este hecho probablemente influyó a los cristianos romanos que tenían un trasfondo pagano para adoptar y adaptar el día del Sol como su día de adoración. Esto sirvió, además, como una motivación para los paganos, debido a la similitud que afloraba entre las prácticas cristianas y las romanas, y su diferencia con las costumbres judías. Lo anterior demuestra, no solo de manera indirecta, que el domingo fue escogido como día de adoración por el cristianismo porque era el día del Sol. El uso del Sol como símbolo para *justificar* la observancia del domingo, puede ser una implicación más directa de este asunto. La luz y el sol eran usados con frecuencia por los padres de la iglesia como una justificación teológica para fundamentar la observancia del domingo. El hecho de que la luz haya sido creada por Dios el primer día y la resurrección del Sol de justicia que ocurrió el mismo día coincide con el día del Sol.

Jerónimo, para citar solo un ejemplo, declaró: «Si es llamado día del Sol por los paganos, con mayor voluntad y reconocimiento nosotros debemos llamarle igual, pues durante ese día apareció la luz en este mundo y ese día el Sol de justicia resucitó». ⁶ El día del Sol, entonces, pudo ser visto como algo providencial y como un sustituto válido en lugar del día de reposo bíblico, el sábado. Al mismo tiempo, podía ser bien interpretado por la mente pagana debido al uso de un símbolo familiar para ellos. †

Referencias

1. *Suma Teológica*, capítulo 122, artículo 4.
2. Willy Rordorf, *Sunday: The History of the Day of Rest and Worship in the Earliest Centuries of the Christian Church*, trans. A. A. K. Graham (Philadelphia: Westminster Press, 1968), p. 218.
3. Compare con Mat. 28: 1; Mar. 16: 2; Luc. 24: 1; Juan 20: 1, 19; Hech. 20: 7; 1 Cor. 16: 2.
4. Jean Danielou, *The Bible and the Liturgy* (Notre Dame, IN: University of Notre Dame Press, 1956), p. 242.
5. Halsberghe, Gaston H., *The Cult of Sol Invictus* (Leiden: E. H. Brill, 1972), p. 44.
6. Jerónimo, *In die dominica Paschae*, homilia CCL 78, 550, 1, 52.

Lo que ocurrirá en la DIA

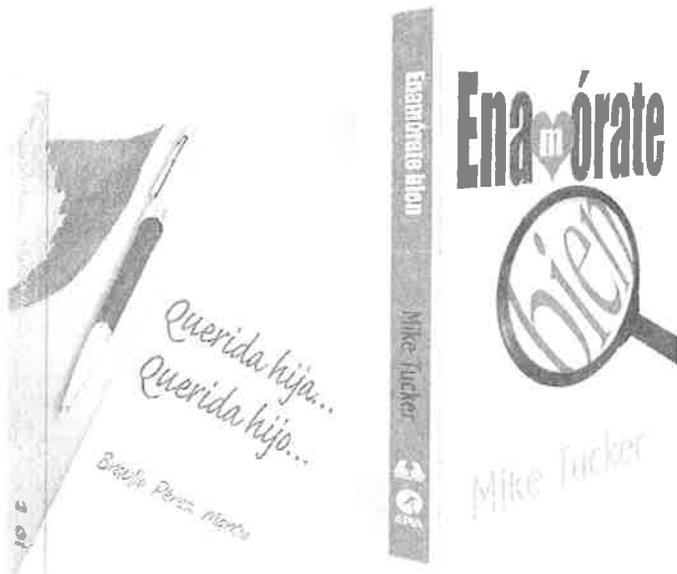
Julio

- 3 Universidad Griggs
Promoción de educación a distancia
- 10 Presupuesto Mundial de Misiones
- 10 Dilo al Mundo: Ministerio de Comunicación

Agosto

- 3 Misión Global / Evangelismo
- 7 Día del Joven

La mayor parte de los miembros de la División Interamericana son jóvenes. Es muy probable que su congregación sea un vivo reflejo de esta realidad. Como anciano de la iglesia usted ha de colaborar a fin de mantener a los jóvenes activos, en comunión con Dios y con la iglesia. Haga que este día sea inolvidable. APIA ha publicado dos libros de vital importancia para los jóvenes de este tiempo y usted le haría un gran bien a ellos si usas esos libros a fin de tomar ideas para celebrar un sábado joven inordinable: *Enamórate bien* y *Querida hija... Querido hijo...*

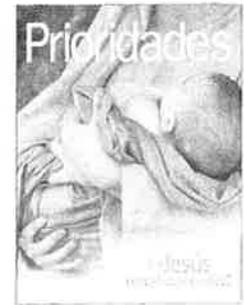


21 Día de Énfasis en Prevención de Abuso

Septiembre

- 1-30 Mes de Reclutamiento Laico
- Promoción de materiales de Iglesia
- Suscripción a la revista *Prioridades*.

El cumplimiento de la misión es la razón por la cual existe la iglesia. Todo el mes de septiembre estará dedicado a enfatizar la necesidad que tenemos de cumplir nuestra misión. Una de las maneras más eficaces es utilizando nuestras literaturas. Cada mes APIA publica la más prestigiosa revista misionera en español de la Iglesia Adventista, *Prioridades*. Durante este mes hemos de motivar para que cada familia de nuestra congregación haga su suscripción anual.



4 Evangelismo Laico

En muchos países septiembre ha sido escogido como el Mes de la Biblia. Durante este día especial de evangelización no hay nada mejor que llevar a cabo una distribución masiva de la Palabra de Dios. Predique un sermón que resalte la importancia y la confianza que hemos de tener en las Sagradas Escrituras. Una buena ayuda la ofrece el libro *¿Se puede confiar en la Biblia?* escrito por Francesc X. Gelabert, vicepresidente editorial de APIA.



11 Día de Unidad Familiar

Una de las cosas que la Biblia exige a los ancianos es que sean capaces de gobernar bien su propia casa. Para lograr este requisito la unidad familiar es vital. Esta unidad debe reflejarse en la iglesia donde usted realiza sus funciones. Para entender en qué consiste la unidad en medio de la diversidad que caracteriza a nuestros hogares, usted ha de consultar el best seller del Dr. Fernando Zabala, *A pesar de nuestras diferencias... Me casaría de nuevo contigo.*



18 Día de los Conquistadores

18-25 Semana de Énfasis en Salud

Uno de los ideales de Dios para cada anciano es que disfruten de una buena salud. Muchas veces somos confundidos por la avalancha nueva y a menudo contradictoria información sobre los temas relacionados con la salud. Todo anciano debe preocuparse de que los miembros de su iglesia reciban una orientación adecuada sobre la salud. Por eso la DIA anualmente separa la Semana de la Salud. La mejor y más actualizada información sobre estos temas de salud usted puede encontrarla en el libro de Dr. Tim Arnott, *Mejore su salud: 24 maneras realistas.* También puede usar las valiosas instrucciones que continen nuestras revistas de salud.



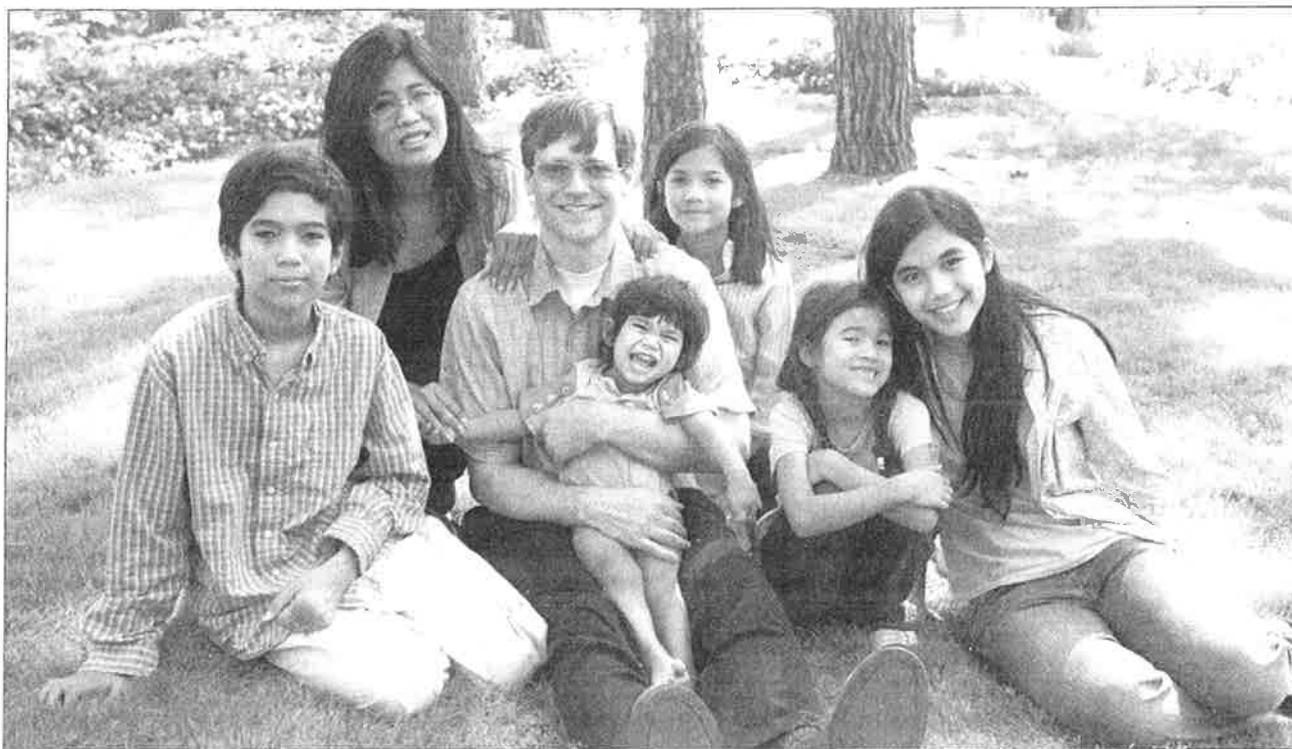
25 Ofrenda de Décimo tercer sábado (División Transeuropea)

La obra de la iglesia va más allá de su congregación local, es de alcance mundial. También las necesidades de la iglesia sobrepasan las necesidades de su congregación. En Interamerica somos consciente de todo esto, de ahí que el 20 % de nuestras ofrendas son destinadas a colaborar con las necesidades que confronta la iglesia en otras partes del mundo. Hacemos esto con todo el corazón, como lo confirma el libro del Pr. Filiberto Verduzco, *Eternidad en el corazón.* Usted no puede quedarse sin esta joya!

El sábado y la familia

«Lo que Dios unió...»

FERNANDO ZABALA



FUE UN DOMINGO CUANDO Yara llegó por primera vez al colegio de internado. Ese día lo pasó arreglando lo que sería su nuevo hogar durante ese año escolar. Los días que siguieron los dedicó a conocer su nuevo ambiente y a hacer nuevos amigos. Cuando llegó el viernes, una sensación de nostalgia se apoderó de ella y, entonces, se dio cuenta de que no había «desempacado» todas sus pertenencias.

Al llegar la puesta de sol del viernes, a su mente vinieron recuerdos de los sábados disfrutados en su hogar. Mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas, Yara recordó los himnos, las lecturas de la Biblia, las oraciones de gratitud, incluso la deliciosa comida... «¡Habría hecho cualquier cosa

por estar junto a ellos!», escribiría años más tarde. «Mis más tiernos recuerdos de la vida familiar se mueven alrededor del sábado y las tradiciones sabáticas».¹

¿Qué podríamos hacer hoy los padres para que, al igual que Yara, nuestros hijos también asocien el sábado con sus «más tiernos recuerdos de la vida familiar»? La respuesta la encontramos al examinar el propósito para el cual Dios creó el sábado y la familia, dos instituciones que fueron creadas por Dios en el Edén y que todavía permanecen, a pesar de la entrada del pecado. Ese propósito lo expresa de manera precisa Elena G. de White en la siguiente declaración: «El sábado y la familia fueron instituidos en el Edén, y en el propósito de Dios están indisolublemente unidos. En ese día, más que en cualquier otro, nos es posible vivir la vida del Edén».²

«Indisolublemente unidos»

Tan unidos están el sábado y la familia en la mente de Dios que, sin forzar el texto bíblico, casi podríamos decir de esta

Fernando Zabala es el director de la revista Prioridades.

*Escriba su opinión sobre este artículo a:
anciano@iadpa.org*

unión lo que el mismo Señor dijo de la relación matrimonial: «Lo que Dios unió no lo separe el hombre».

El porqué de esta realidad lo encontramos en la semana de la creación. Al final de su obra creadora Dios reposó en el séptimo día, lo bendijo y lo santificó (ver Gén. 2: 2, 3). Es decir, lo apartó para uso santo, como un día especial. Ahora bien, ¿con qué fin apartaría Dios un día entre siete? ¿Por qué, pudiendo bendecir un lugar, por ejemplo una montaña, bendijo un segmento de tiempo? Ciertamente para recordarnos que él es el Creador y nosotros las criaturas. Pero también porque desea durante ese día encontrarse con nosotros sus hijos, para celebrar las maravillas de su creación, como bien lo expresa Samuele Bacchiocchi: «El primer día completo en la vida de Adán fue el séptimo, día que empleó, como legítimamente debemos suponer, no trabajando sino celebrando junto con su divino Autor la inauguración de la creación completa y perfecta».³

Lo que estamos diciendo aquí es que los miembros de nuestra familia, especialmente nuestros hijos, deben escuchar al menos dos grandes verdades con relación al sábado. La primera se refiere a la *santidad* del día de reposo (**el qué**). Aunque el sábado tiene las mismas veinticuatro horas de los otros seis días, *es tiempo santo*; es decir, pertenece a Dios (al igual que el diezmo); y porque pertenece a Dios, ellos deben aprender que no deben realizar en él las tareas comunes propias de los otros seis días de la semana.

La segunda verdad se refiere al *compañerismo* que Dios espera disfrutar con nosotros durante esas horas sagradas (este es **el para qué**). Si el sábado es un día santo, y Dios ha anunciado que quiere encontrarse con nosotros durante ese tiempo, entonces se espera que hagamos los preparativos apropiados para ese encuentro especial. Esta es, según Neils-Erik Andreassen, la clave para una adecuada observancia del sábado: «La presencia de Dios, no el legalismo, ni el sectarismo, es la razón fundamental para que yo guarde el sábado: Alguien viene a encontrarse conmigo y yo debo estar listo para darle la bienvenida».⁴

Resumiendo: nuestros hijos deben escuchar que el sábado es santo, porque Dios así lo declaró; y también deben saber que durante esas horas sagradas es su privilegio disfrutar del más estrecho compañerismo con su Creador. Lo primero (la santidad del sábado) sin lo segundo (el privilegio del compañerismo con Dios) equivaldría a un conocimiento teórico e impersonal de la doctrina, sin repercusiones prácticas en su vida diaria. Pero hablarles del puro compañerismo, sin relacionarlo con la santidad del sábado, podría inducirlos a razonar, como lo hacen otros cristianos, que no se necesita un día especial para tener comunión con Dios porque eso lo podríamos hacer en cualquier día de la semana.

Vivir la vida del Edén

Saber (1) que el sábado es santo, no un día cualquiera; (2) que en ese día especial Dios viene a encontrarse con nosotros sus hijos, para celebrar nuestra creación y reden-

ción, y (3) que el sábado y la familia están «indisolublemente unidos en la mente de Dios», nos ayuda a prevenir al menos dos prácticas muy comunes en la manera como observamos el día de reposo.

Una de esas prácticas consiste en saturar el sábado con todo tipo de actividades (reuniones de la junta de la iglesia, concilios de los departamentos, ensayos del coro,...) que muy bien se pueden realizar durante otros días de la semana. En un sábado con tanto movimiento, ¿dónde queda la comunión con Dios? ¿Dónde queda el compañerismo con la familia? ¿Queda algún tiempo para hablar del amor de Dios a nuestro prójimo?

Otra práctica errónea se produce cuando nos vamos al extremo opuesto y convertimos el sábado en un «día familiar». Con el pretexto de compartir con la familia, vamos al parque a practicar con los hijos el deporte favorito, escalamos montañas, comemos juntos en un restaurante, etcétera. Estas actividades son apropiadas para cualquier día de la semana, pero no para el sábado. Y no lo son porque el sábado fue *apartado para uso santo* y porque *Dios quiere encontrarse con nosotros* durante sus horas sagradas.

Muy diferente sería estar en contacto con la naturaleza para apreciar el poder y el amor de Dios en las maravillas de su creación. Y para celebrar con nuestros amados esas bondades. Así lo expresa Elena G. de White:

«En la mente de los niños, el solo pensamiento del sábado debería estar ligado al de la belleza de las cosas naturales [...]. Felices los padres que pueden enseñar a sus hijos la Palabra escrita de Dios con ilustraciones obtenidas de las páginas abiertas del libro de la naturaleza; que pueden reunirse bajo los árboles verdes, al aire fresco y puro, para estudiar la Palabra y cantar alabanzas al Padre celestial. Por medio de esta relación, los padres pueden ligar sus hijos a sus corazones, y de este modo a Dios, con lazos que nunca podrán ser quebrantados».⁵

Por precepto y ejemplo, recordemos a nuestros hijos que cada sábado Alguien muy especial vendrá a encontrarse con ellos y que, por lo tanto, es su privilegio estar listos para darle la bienvenida. De esta manera, cuando dejen nuestro hogar para establecer el suyo propio, entre sus más tiernas memorias estará el sábado y todas las cosas buenas que ocurrieron en ese pequeño Edén, el hogar de sus recuerdos. Y más importante aún, quedarán unidos a nosotros sus padres, y a Dios su Creador, con lazos que nada ni nadie podrá quebrantar.

Referencias

- 1 Yara Cerna Young, *¡Oh, no! ¡Otra vez es sábado!* (Miami, Florida: APIA, 1992), p. 108.
- 2 Elena G. de White, *La educación* (APIA, 2009), p. 226.
- 3 Samuele Bacchiocchi, *Reposo divino para la inquietud humana*, p. 24.
- 4 Neils-Erik Andreassen, «What the Sabbath Means to Me», *Adventist Review* (enero, 1989), p. 10.
- 5 *La educación*, p. 226.

Anotaciones de un observador del papado

Lincoln E. Steed

UN PEQUEÑO TELEVISOR sobresalía de la pared como una gárgola tecnológica en la habitación del hotel donde me hospedaba en la ciudad de Roma. La calidad de la imagen era tan obsoleta como el sonido que emitía.

En aquella pequeña pantalla veía a Benedicto XVI reunido con el primer ministro de Turquía, Recep Erdogan y otros líderes seculares de un país que el mismo Benedicto XVI lo había declarado incompatible con los valores cristianos de la Unión Europea. También participan en la reunión varios clérigos musulmanes que argumentaban que los cristianos y los musulmanes adoraban al mismo Dios y, por lo tanto, debían trabajar juntos a favor de la paz.

Los vi reunirse con Bartolomé I, patriarca de Constantinopla, y reafirmar su compromiso de trabajar unidos para enmendar el gran cisma de las iglesias orientales y las occidentales. El papa concluyó diciendo: «Esperamos que esta reunión fortalezca el afecto mutuo y renueve el compromiso de perseverar en el propósito de la reconciliación y la paz entre nuestras iglesias».

Él se refería al cisma que culminó con los anatemas del año 1054, cuando los obispos de Roma y Constantinopla se excomulgaron mutuamente, incluyendo a sus feligreses. Esto provocó que la Roma papal lanzara una Cruzada para atacar a Constantinopla (actualmente Estambul), que para ese entonces era la sede de la Iglesia Oriental.

Pero ahora la historia es completamente diferente. En 1964, el papa Pablo VI y el patriarca Atenágoras I revocaron los decretos de excomunión; y en el año 2005 Juan Pablo II se disculpó por el saqueo de Constantinopla. Estos han sido buenos ejemplos de los avances del ecumenismo.

Escuché a un vocero del Vaticano emitir su opinión sobre esta asombrosa cadena de acontecimientos: «Durante décadas hemos estado construyendo puentes, y ahora ha llegado el momento de cruzarlos».

Los acontecimientos reales y simbólicos se entrelazan con nuestra realidad hasta tal punto que algunas cosas pare-

cieran irreales a pesar de que están ocurriendo ante nuestros ojos. Esto fue lo que pasó al final de la visita papal a Turquía.

El papa estaba realizando una visita a la Mezquita Azul junto a Mustafá Cagrici, el gran muftí de Turquía, cuando algo realmente asombroso ocurrió. Al llegar al mihrab, el lugar más importante de la mezquita que marca el camino hacia La Meca, el muftí se detuvo a orar. El papa Benedicto se unió a él en oración, moviendo sus labios silenciosamente, continuando incluso después de que el muftí había finalizado. Los comentaristas de la televisión no tenían dudas sobre lo que había ocurrido.

De regreso a Estados Unidos fui a la Internet, busqué el video en «YouTube» y lo vi varias veces para asegurarme de que en realidad había ocurrido así. ¿Qué significado tenía este gesto?

El aumento de la influencia papal

Cuando comencé a editar la revista *Liberty* tuve un reencuentro con la historia norteamericana al repasar los años en que se gestó la gran nación estadounidense. Particularmente me interesé en la correspondencia que se enviaron Thomas Jefferson y John Adams, dos rivales políticos y lectores empedernidos hasta su muerte, la cual ocurrió el mismo día (4 de julio de 1826). En cierto momento ambos se refirieron a la supervivencia del cristianismo en Estados Unidos. Jefferson no le auguraba un futuro muy promisorio, mientras que Adams era más positivo. Sin embargo, este último afirmaba que el cristianismo sobreviviría solo si la Iglesia Católica desaparecía, una postura ciertamente intolerante. Adams llegó a decir que la iglesia romana estaba «herida de muerte» y que sus errores eran tan grandes, que podría tomar hasta doscientos años en morir.

Su descripción de que estaba «herida de muerte» obviamente se fundamentaba en la Biblia, y constituía una interpretación muy arraigada en el protestantismo de aquel entonces. La nación estadounidense fue concebida bajo los valores y las normas protestantes, aunque hoy en día esto no sea tan evidente. Adams parecía no darse cuenta de que esos mismos textos bíblicos hablan de que la herida de muerte sanaría, y de que el mundo se maravillaría ante la bestia. Dos siglos después de haber fallecido Adams, Juan Pablo II se

Lincoln E. Steed es editor de la revista Liberty, dedicada al tema de la libertad religiosa.

bajaba de un avión y besaba el suelo de la Norteamérica protestante. Si Adams hubiera podido leer los titulares de ese día, que anunciaban «el fin de la Reforma», seguramente habría reconsiderado sus planteamientos.

Nosotros tenemos una ventaja sobre Adams: hemos visto a tres ex presidentes de Estados Unidos arrodillarse en aparente sumisión ante el féretro de Juan Pablo II. Hemos visto como las fuerzas políticas católicas y protestantes de Estados Unidos cada día tienen menos diferencias. Muchos adventistas parecieran impasibles ante las palabras de Chuck Colson, quien afirmó: «En verdad, la brecha entre católicos y protestantes originada por la Reforma, pareciera haber sido superada». De hecho, pareciera el efecto inevitable de este proceso el nuevo llamado de la jerarquía de la Iglesia Anglicana a favor de la unión absoluta con Roma.

Tal vez por vivir en el mundo posterior al 11 de septiembre y preocuparnos tanto en neutralizar las amenazas de los terroristas hemos fallado en vigilar más de cerca las dinámicas de las posturas religiosas de la Iglesia Católica. ¡Tenemos cosas más importantes de las cuales preocuparnos!

La interpretación de las señales

Pero sin duda las intenciones papales a nivel mundial se manifiestan más claramente en las palabras del papa que en sus acciones. Un discurso ofrecido por Benedicto XVI el 12 de septiembre de 2006 en Ratisbona, Alemania, tuvo consecuencias tanto inmediatas como a largo plazo.

El discurso llevó directamente a la visita del papa a Turquía, no sin antes originar disturbios por todo el mundo musulmán y en regiones donde gran parte de la población es musulmana, por la manera en la que pareció asociar la violencia religiosa con el fundamentalismo islámico. Los comentaristas occidentales lamentaron unánimemente la metida de pata del pontífice y bromearon diciendo que este había dicho algo impensable: ligar al islam con la violencia religiosa.

Dada la furia que generó el discurso, uno podría esperar al menos una disculpa de parte de la Iglesia Católica, pero no fue así. Un artículo publicado en la revista *Liberty* catalogó este discurso como el más importante de parte de un pontífice romano en lo que va del siglo XXI. Diversos artículos en varias páginas de Internet católicas se han referido al reto que Benedicto le ha impuesto a la cristiandad. ¿Qué es lo que está ocurriendo?

Al igual que la mayoría de los acontecimientos políticos actuales, el lugar y el momento en que fue dado el discurso son muy significativos. El 12 de septiembre de 2006 en Ratisbona, Alemania. Ambos datos hablan por sí solos. Benedicto dio clases de teología en Ratisbona cuando la universidad fue fundada en la década de 1970; pero en esta misma ciudad tuvo lugar una de las dietas alemanas cuando la Iglesia Católica luchaba contra la Reforma. Ratisbona fue un centro de fervor protestante, así como un lugar estratégico para la Contrarreforma. El discurso de Benedicto XVI fue pronunciado al día siguiente de los actos de conmemo-

rativos del 11 de septiembre, por lo tanto, no solo se asocia instantáneamente con la guerra contra el terrorismo, sino con la tesis de la Norteamérica protestante de una guerra justa en el Oriente Medio.

La mejor manera de entender lo que el papa dijo realmente en Ratisbona es leer el texto completo del discurso en Internet (<http://www.zenit.org/article-20352?l=spanish>) (Dicho sea de paso, después de los disturbios, los afiches quemados del papa y las proclamas de odio, la mayoría de los ofendidos admitieron no conocer el resto del discurso salvo su provocativa premisa inicial).

Luego de las palabras de apertura, Benedicto XVI relató un diálogo sostenido en 1391 entre el emperador bizantino Manuel II Paleólogo y un musulmán persa sobre la naturaleza del cristianismo y el islam. Sus veintiséis conversaciones versaron sobre diferentes temas, incluyendo la relación entre la fe y la razón, y la conveniencia de la compulsión en la fe. Después de hablar un poco de la cambiante visión islámica del proceso de conversión, Benedicto citó al emperador, quien dijo: «Por tanto, quien quiere llevar a otra persona a la fe necesita la capacidad de hablar bien y de razonar correctamente, y no recurrir a la violencia ni a las amenazas, [...] Para convencer a un alma razonable no hay que recurrir al propio brazo ni a instrumentos contundentes ni a ningún otro medio con el que se pueda amenazar de muerte a una persona».

Esto, aunado a una crítica más bien directa a la contribución de Mahoma a la fe, fue lo que desató las protestas del mundo musulmán.

Pero esta fue solo la antesala del discurso papal. Si de algo es culpable el **papa fue de haber sugerido** de manera implícita que existe **una conexión entre** el islamismo radical y violento y la **corriente principal de** la religión musulmana. Lo único que podemos hacer es esperar que ellos tengan la disposición de cortar cualquier clase de vínculo de este tipo. (Los adventistas del séptimo día podemos repasar las profecías de Apocalipsis 9 y las interpretaciones clásicas de Daniel y Apocalipsis de Urías Smith si queremos tener una mejor comprensión del papel del islam en los últimos días. Elena G. de White apoyó las interpretaciones del islam como la quinta trompeta y la influencia que este tuvo en los asuntos europeos al inicio de la Reforma).

Vayamos al grano

El discurso papal estuvo basado en una sola premisa, y la referencia al emperador bizantino griego como un ejemplo no solo fue conveniente, sino necesaria. Benedicto XVI continuó su discurso presentando los argumentos de un cristianismo sensato, enemigo de la violencia, que ha sido el producto de la mezcla de la filosofía griega y las tradiciones papales. Habló del «encuentro» entre el pensamiento griego y la teología cristiana. «Este encuentro, al que se une sucesivamente el patrimonio de Roma, creó a Europa y permanece como fundamento de lo que, con razón, se puede llamar Europa».

Pero como era de esperarse, muchos en el mundo islámico fueron demasiado viscerales para entender la lógica detrás del discurso del papa. Si hubieran tenido la intención de responder de una manera responsable, habrían señalado que fue a través del islam que pudieron recuperarse las riquezas de la cultura y la filosofía griega. Después de todo, el islam tuvo en su poder los manuscritos alejandrinos un buen período de tiempo durante el cual occidente ni siquiera sabía de su existencia.

Y en cuanto a los protestantes, estos podrían aportar incómodos recordatorios de las incoherencias del tema expuesto por el obispo de Roma. El cristianismo no tuvo un pasado violento y se desarrolló como un movimiento caracterizado por su bondad. El cristianismo primitivo era pacifista y enemigo de la violencia. Los primeros perseguidores de la Roma imperial fueron testigos de cómo los cristianos lucían gozosos y tranquilos cuando eran condenados a muerte. El cristianismo se tornó diferente la Iglesia de Roma adoptó precisamente las normas filosóficas griegas y romanas, que lo hicieron violento, al punto de llegar a imponer la conversión de las almas mediante la fuerza.

De hecho, el discurso de Benedicto XVI no menciona para nada la violencia religiosa durante las Cruzadas, la Inquisición y otros momentos de oprobio contra el cuerpo de Cristo, a pesar de haber reconocido superficialmente algunos desafíos religiosos de finales de la Edad Media.

El fondo del asunto

Pero lo más asombroso fue el repudio de Benedicto XVI a la Reforma protestante. En marcado en su premisa de un cristianismo helenístico (griego), lógico y no violento, dedicó el resto del discurso a identificar tres supuestas amenazas a su tesis de la no violencia.

La primera amenaza deshelenizadora es clara y directa, y según mi criterio, ofensiva. Según el papa actual: «La deshelenización surge al inicio en conexión con los postulados de la Reforma del siglo XVI. Considerando la tradición de las escuelas teológicas, los reformadores se veían ante una sistematización de la fe condicionada totalmente por la filosofía, es decir, ante una determinación de la fe desde el exterior en virtud de una manera de pensar que no derivaba de ella».

La segunda amenaza que expone Benedicto XVI es la teología liberal de los siglos XIX y XX que pretendía darle al cristianismo una visión humanista que enfatizaba la moralidad de Jesús y no su divinidad. Él tiene razón al identificar esto como una amenaza, pero, ¿qué tiene que ver esto con su tema central de la helenización del cristianismo y su alejamiento de la violencia? No lo sabemos.

La tercera razón es la idea derivada de la pluralidad cultural, de que podemos extirpar del cristianismo la influen-

cia del pensamiento griego a medida que lo aplicamos a otras culturas. Esta es obviamente una media verdad. Los absolutos bíblicos no deben transformarse en normas culturales más aceptables. El problema es su premisa de que la «helenización» es un absoluto divino.

¡Qué razonamiento tan conveniente! El papa identifica a los reformadores como los «deshelenizadores» originales; es decir, como la amenaza original al centro lógico y no violento del cristianismo. Sin embargo, no hace mención alguna de cuál fue su reto. Cuando los reformadores descubrieron el grave distanciamiento de la pureza original de la fe cristiana, no estaban lidiando con un asunto filosófico. Lo que hicieron fue criticar la enseñanza de que la iglesia tiene una autoridad innata, o de que la tradición está por encima de la verdad bíblica.

Lo que está diciendo
Benedicto XVI es que
el protestantismo
es una amenaza al
cristianismo pacífico y
enemigo de la violencia,
pues insiste en la Biblia
como su única norma
de autoridad y
en una responsabilidad
personal directa
e inmediata con Dios.

Benedicto XVI identificó la tesis central de la Reforma de una manera que tiende a desligarla de los reformadores y a relacionarla con algo totalmente distinto. «La *Sola Scriptura*, en cambio, busca la forma pura primordial de la fe, tal como está presente originariamente en la Palabra bíblica», dijo. «La metafísica se presenta como un presupuesto que deriva de otra fuente, de la que es preciso liberar la fe para que vuelva a ser totalmente lo que era. Con su afirmación de que había tenido que renunciar a pensar para dejar espacio a la fe, Kant actuó según este programa con un radicalismo que los reformadores no pudieron prever». ¡Qué gran demostración de lógica y confusión!

El principio de *Sola Scriptura* fue uno de los fundamentos de la Reforma, mientras que el filósofo Immanuel Kant fue uno de los padres de la Ilustración. Sea cuales fueren los excesos de este último, jamás podrán compararse con la Reforma. Lo que está diciendo Benedicto XVI es que el protestantismo es una amenaza al cristianismo pacífico y enemigo de la violencia, pues insiste en la Biblia como su única norma de autoridad y en una responsabilidad personal directa e inmediata con Dios.

El discurso del papa posterior al 11 de septiembre en Ratisbona puede resumirse de la siguiente manera: El islam pudo haber mostrado una tendencia a la violencia en el pasado, pero Roma puede garantizarle una imagen de racionalidad si están dispuestos a colaborar. El protestantismo, por el contrario, representa el punto de quiebre hacia un cristianismo poco «seguro». De este surgieron la Ilustración y la violencia occidental que han provocado tantos problemas al resto del mundo.

Es probable que Benedicto XVI haya logrado que el mundo religioso vea a la autoridad papal como la solución a la violencia religiosa que azota al mundo.

Quizá es hora de que nosotros repasemos las profecías de Apocalipsis 13. ▽

«No pierdan la cabeza ni se alarmen»

PONIENDO LAS SEÑALES DE LOS TIEMPOS EN SU VERDADERA PERSPECTIVA

Francesc X. Gelabert

COMO LÍDERES DEL PUEBLO remanente hemos de tener siempre presente nuestro sagrado deber de mantener en continua alerta a la iglesia, de modo que la venida de Cristo no nos tome desprevenidos y vengamos a ser de las vírgenes fatuas o insensatas. Por otro lado, en esta época tan compleja y cambiante en que nos ha tocado vivir, cuando las ideas y teorías más variopintas y extravagantes se difunden rápida y extensamente, y siempre encuentran seguidores —incluso a veces hasta entre nosotros—, el consejo de Pablo que da título a nuestra reflexión se hace cada día más oportuno:

«Ahora bien, hermanos, en cuanto a la venida de nuestro Señor Jesucristo y a nuestra reunión con él, les pedimos que *no pierdan la cabeza ni se alarmen* por ciertas profecías, ni por mensajes orales o escritos supuestamente nuestros, que digan: “¡Ya llegó el día del Señor!” *No se dejen engañar* de ninguna manera, porque primero tiene que llegar la rebelión contra Dios y manifestarse el hombre de maldad, el destructor por naturaleza» (2 Tes. 2: 1-3, NVI, la cursiva es nuestra).

Atentos a las señales de los tiempos

La mayoría de los fieles adventistas están atentos a las señales de los tiempos, y son inteligentemente prudentes a la hora de analizarlas, porque conocen las advertencias proféticas:

«No estamos ahora en condiciones de describir con exactitud las escenas que ocurrirán en nuestro mundo en el futuro, pero sí sabemos que este es un tiempo cuando debemos velar y orar, porque el gran día del Señor está cercano» (*Eventos de los últimos días*, p. 17; cf. *Mensajes selectos*, t. 2, p. 40).

La mayoría de los fieles adventistas reconocen que nuestros padres en la fe, los apóstoles y los seguidores de William Miller, sinceros y fieles estudiosos de las señales de los tiempos,

Francesc Gelabert es vicepresidente editorial de APIA.

Escriba su opinión sobre este artículo a nuestro correo electrónico: fxe@iadpa.org y anciano@iadpa.org

pos, imbuidos del Espíritu Santo, acertaron en su interpretación de la mayor parte de las profecías y de las señales, pero erraron en algunos puntos clave.

Así que no vamos a perder la cabeza ni a acomplejarnos o acobardarnos porque en el pasado no hemos sabido interpretar correctamente todas las señales o porque hemos hecho provisiones que no se han cumplido exactamente como habíamos proclamado y escrito. Porque Jesús nos dijo que nuestra obligación es la de permanecer atentos y vigilantes en todo momento, como si Jesús fuera a volver mañana, no que fuéramos futurólogos y que acertáramos en todos nuestros pronósticos.

Jesús sabe que, igual que los discípulos de Emaús, nosotros podemos estar esperando acontecimientos que no van a ocurrir de acuerdo con nuestros propios preconceptos. Los primeros seguidores de Jesús, incluidos los Doce, aguardaban anhelantes la redención de Israel, pero el Mesías no había venido a salvarlos de la dominación política extranjera, como hemos comentado en un artículo anterior.

La importancia de los detalles

Los Discípulos habían interpretado y aplicado correctamente todos los aspectos de la profecía, salvo en dos «detalles»: que el Mesías, en lugar de matar a los enemigos políticos de Israel, iba a morir por los israelitas y por toda la humanidad, y que en lugar de establecer un reino terrenal había venido a proclamar el celestial. Y los «detalles», cuando se trata de las cosas de Dios, pueden marcar la diferencia de modo muy sustancial.

La revelación divina tiene que ser interpretada, porque necesariamente no puede ser tan explícita que eso evite su cumplimiento. En las profecías de largo alcance y que abarcan incluso a todos los habitantes de la tierra, es evidente que el Señor no puede dar unas indicaciones futuras tan concretas y específicas que hagan que el propio Satanás y sus seguidores puedan confundirnos con el simple hecho de cambiar el nombre de las cosas. Para que quede más claro: No podemos esperar que ninguna profecía, por ejemplo, nos dé el nombre concreto de un movimiento religioso espurio del

futuro; porque entonces, advertidos todos, sencillamente nadie habría aceptado semejante nombre para sí mismo.

Por eso la pluma inspirada nos indica:

«No estamos ahora en condiciones de describir con exactitud las escenas que ocurrirán en nuestro mundo en el futuro, pero sí sabemos que este es un tiempo cuando debemos velar y orar, porque el gran día del Señor está cercano» (*Eventos de los últimos días*, p. 17; cf. *Mensajes selectos*, t. 2, p. 40).

El miedo a la persecución

Algunos adventistas, influidos por el estilo de muchos predicadores populares y a falta de las inexistentes llamas de los tormentos eternos, han anunciado, incluso por escrito, una inminente persecución, creyendo que con ello se motiva a la gente a la conversión, a la acción misionera o al revivamiento y la reforma. A mí mismo, en mi juventud, ese tipo de mensajes me atemorizaban y me angustiaban. En lugar de motivarme a la acción, lo que lograban era paralizarme y hacerme desear más bien la muerte antes de la venida de Cristo, para evitar los dolores y sufrimientos que amenazadoramente nos anunciaban. Y me temo que esas ideas, que algunos hermanos exponían a tiempo y fuera de tiempo, fueron uno de los detonantes que llevaron a algunos jóvenes a abandonar la iglesia en busca de ideologías o creencias más gratificantes y optimistas,

La tentación catastrofista se repite en cada generación. Ya contra ella se nos advirtió proféticamente:

«Muchos apartarán su mirada muy lejos de los deberes actuales, del consuelo y las presentes bendiciones, y pedirán prestadas dificultades para la crisis futura. Esto significará fabricar un tiempo de angustia anticipado; y no recibiremos gracia para ninguna de esas pruebas anticipadas» (*Eventos de los últimos días*, p. 18; cf. *Mensajes selectos*, t. 3, p. 438).

Mis hermanos, ya nos advirtió Jesús que bastantes problemas tenemos cada veinticuatro horas, como para andar sufriendo por los presuntos acontecimientos de mañana, pasado mañana o el otro día (Mat. 6: 34).

En otro lugar la sierva del Señor nos amonesta:

«Hay un tiempo de angustia que se aproxima para el pueblo de Dios, pero no hemos de mantener eso constantemente delante de los nuestros, manejándolos de tal manera que pasen por un tiempo de angustia de antemano. Ha de haber un zarandeo entre el pueblo de Dios, pero no es esta la verdad presente para llevar a las iglesias» (*Eventos de los últimos días*, p. 18; cf. *Mensajes selectos*, t. 1, p. 211).

Por supuesto que alguien puede pensar que como esto fue escrito en 1890, ahora ya es el momento de presentar el zarandeo como una de las enseñanzas bíblicas relevante para la segunda década del siglo XXI. Y si así lo cree y el Espíritu Santo, con ayuno y oración, lo impulsa a predicar de ello, bien hará en anunciarlo; pero siempre teniendo en cuenta el

consejo inspirado de no hacer pasar a nadie por un tiempo de angustia anticipado, pues no hay gracia para eso.

Pronósticos fallidos

Algunos han tomado en el pasado motivos tan diversos como la Segunda Guerra Mundial, la aparición del código de barras, la llegada del año dos mil o incluso de otras supuestas fechas clave como la implantación del euro en la Unión Europea, alguna gran catástrofe natural, el atentado contra las Torres Gemelas de Nueva York, la sucesión de los papas en relación con ciertos textos de Apocalipsis y Levítico... para anunciar el fin inmediato.

Ahora se anuncia lo mismo con una presunta moneda única internacional, el supuesto plan de algunas grandes corporaciones para implantar un microchip identificativo a todos los ciudadanos, la imposición de leyes sobre descanso dominical en algunos países* europeos, e incluso hay quienes, en algunos libros de gran difusión, ya empiezan a relacionar las profecías bíblicas con el calendario maya que supuestamente anuncia el fin del mundo para el año 2012.

Y eso sí que es grave, pues como bien dice Georges R. Knight en su libro *La visión apocalíptica y la castración del adventismo*, si renunciáramos a nuestro sistema de interpretación profética, perderíamos nuestra auténtica razón de ser como iglesia y nuestra predicación y testimonio resultarían irrelevantes. Y como él demuestra en su libro, no tenemos ninguna razón válida para renunciar a nuestra interpretación profética (ver pp. 121-125).

Todo lo contrario, los acontecimientos en el mundo físico, político y religioso, vemos que van en el sentido del cumplimiento de los eventos futuros de la Biblia y del Espíritu de Profecía. Ciertamente el aumento de los conflictos bélicos convirtió al siglo XX en el más violento de toda la historia. Los conflictos sociales y étnicos son cada vez más extensos, duros y enconados. La desestructuración de la familia es un hecho innegable, con todas sus secuelas de hijos inadaptados y rebeldes. La confusión espiritual es cada vez más evidente y global. Los científicos anuncian todo tipo de catástrofes ecológicas. La pobreza y el hambre en el mundo se han vuelto incontrolables, y unos pocos países ricos son cada vez más ricos y los pobres que parece están consiguiendo salir de su pobreza lo hacen a costa de la destrucción acelerada y prácticamente imparable del planeta Tierra... Y ya veremos cómo reaccionan los países ricos frente a esto. Se anuncian las futuras guerras por el agua que, dicen muchos y muy sesudos estudiosos, serán peores que las habidas por las materias primas y, en especial, por el petróleo. A pesar de los fantásticos avances de la medicina no paran de surgir nuevas y cada vez más mortíferas enfermedades,

* Los anuncios alarmistas sin fundamento sólido, al no verse cumplidos, han conseguido en muchos casos lo contrario de lo que pretendían, pues muchos ahora desconfían de las profecías escatológicas, ya que tienden a identificar al mensajero con el mensaje.

como es el caso del sida, que está diezmando de forma espantosa el continente africano.

Y podríamos mencionar más señales de los tiempos que son innegables. Entonces, ¿qué necesidad hay de presentar a la gente —a los creyentes y a los no creyentes— supuestas señales que crean alarmas innecesarias y que lo único que a veces consiguen es desacreditar nuestro sistema de interpretación profética? No necesitamos recurrir a datos de fuentes dudosas, ni a la exageración, ni a interpretaciones retorcidas o cogidas por los pelos, pues la realidad que cada día nos presentan los medios de comunicación es más que suficiente, sin tener que recurrir a ciertas «profecías, ni [...] mensajes orales o escritos» provenientes de vaticinadores que suelen alardear de gran piedad y consagración y de conocimientos que los demás creyentes desconocen por falta de piedad y consagración, o, porque en una de las muchas supuestas conspiraciones, que proliferan como hongos, los dirigidos religiosos nos las ocultan.

Para no caer en la trampa

El remedio para no caer en la trampa de dejarse llevar por algún líder carismático, revestido de apariencia de gran piedad y consagración que, en el mejor de los casos, lo que va a provocar es desilusión y desencanto a todos los que lo hayan seguido y pérdida de la fe en muchos, y para colmo en algunos casos pérdidas económicas irre recuperables, es seguir el consejo dado por inspiración divina:

«Dios no ha pasado por alto a su pueblo ni ha elegido a un hombre solitario aquí y otro allí como los únicos dignos de que se les confíe su verdad. No da a un hombre una nueva luz contraria a la fe establecida por el cuerpo. En todas las reformas se han levantado hombres que aseveraban esto [...]. Nadie debe tener confianza en sí mismo, como si Dios le hubiese dado una luz especial más que a sus hermanos [...]. Uno acepta alguna idea nueva y original que no parece estar en conflicto con la verdad. Se espacia en ella hasta que le parece que está revestida de belleza e importancia. Al fin llega a ser el tema que lo absorbe todo, el único gran punto alrededor del cual gira todo, y la verdad queda desarraigada del corazón [...]. Os amonesto a que desconfiéis de estas cuestiones laterales, que tienden a distraer la mente de la verdad. Nunca es el error inofensivo ni santifica, sino que siempre produce confusión y disensión.

«Hay mil tentaciones disfrazadas y preparadas para aquellos que tienen la luz de la verdad; y la única seguridad para cualquiera de nosotros consiste en no recibir ninguna nueva doctrina, ninguna nueva interpretación de las Escrituras, sin someterla primero a hermanos de experiencia. Presentádsela con un espíritu humilde y dispuesto a recibir enseñanza, con ferviente oración, y si ellos no la aceptan, ateneos a su juicio; porque “en la multitud de consejeros hay seguridad” [...]. Se levantarán hombres y mujeres, profesando tener alguna nueva luz o alguna nueva revelación que tenderá a conmover la fe en los antiguos hitos. Sus doctrinas no soportarán la prueba de la Palabra de Dios, pero habrá almas que serán engañadas. Harán circular falsos infor-

mes, y algunos quedarán prendidos en esa trampa [...]. No podemos ejercer demasiado cuidado contra toda forma de error, porque Satanás está tratando constantemente de apartar a los hombres de la verdad» (*Eventos de los últimos días*, pp. 79-80).

Por eso la amonestación del apóstol Pedro sigue plenamente vigente:

«Por eso estoy completamente seguro de que el mensaje de Dios que anunciaron los profetas es la verdad. Por favor, préstense atención a ese mensaje, pues les dirá cómo vivir hasta el día en que Cristo vuelva y cambie sus vidas» (2 Ped. 1: 19, TLA).

Y, por favor, a todo el que pretenda ser portador de nueva luz, por muy atractiva que la presente, «no se dejen confundir tan fácilmente. No se asusten si alguien asegura que ya llegó el día en que el Señor volverá» (2 Tes. 2: 2, TLA). El Señor sin duda está a las puertas, multitud de señales nos lo indican; pero cuidado que una de las señales es que «aparecerán muchos falsos profetas, y engañarán a mucha gente» (Mat. 24: 11, DHH). Lo que intenta el enemigo, como buen estratega, son maniobras de distracción. Así que, ¡alerta general permanente!, no sea que a nosotros, heraldos de su venida, nos pille confundidos y desprevenidos.

Concluimos, pues, que el mandato del Señor de velar, orar y escudriñar, es más válido hoy que nunca, ya que conforme se acerca el fin los engaños van a ser cada vez más sutiles y difíciles de discernir, y nuestra única salvaguardia consiste en conocer detalladamente, y de primera mano, todos los mensajes proféticos a fin de que podamos mantenernos siempre firmes sobre la roca frente a todos los embates de las tormentas físicas y espirituales. ☪

¿Puede alguien inteligente confiar en este libro milenario que es la Biblia?

¿Hay alguna versión de la Biblia mejor que las demás?

¿Se puede confiar en el Dios de la Biblia?



La actualización de los libros del Espíritu de Profecía

Francesc X. Gelabert / J. Vladimir Polanco

CON MUCHA VEHEMENCIA el predicador dijo lo siguiente: «¡Hermanos, yo uso los libros rojos de toda la vida! Nadie me va a hacer cambiar y que lea las nuevas ediciones del Espíritu de Profecía, porque los libritos rojos sí dicen exactamente lo mismo que escribió la sierva de Dios...». Este incidente nos recordó al personaje que creía que el español de la Reina-Valera de 1909 era el mismo que usó Pablo cuando escribió la Epístola a los Romanos. No dudamos de que este predicador haya sido sincero, pero su comentario pone de manifiesto un aspecto muy singular de los seres humanos: la resistencia al cambio. Parece que anhelamos aplicarle a todo un atributo que es propio de Dios y de nadie más: la inmutabilidad. Dios es el único que no cambia, «en él no hay mudanza ni sombra de variación» (Sant. 1: 17), pues «es el mismo ayer, hoy y por los siglos» (Heb. 13: 8). Todo lo que existe fuera de Dios no es inmutable, por lo tanto, puede variar. Entonces nos podemos preguntar: ¿Puede ser modificada la palabra emitida por ese Dios?

La respuesta depende mucho del concepto que se tenga de la inspiración de los escritos sagrados. En el mundo cristiano, y sobre todo entre los protestantes conservadores, han predominado por lo menos dos posiciones: (1) Dios inspiró las palabras, (2) Dios inspiró el pensamiento.

Si lo inspirado fueron las palabras, entonces no es posible llevar a cabo ningún cambio en ellas. Si por el contrario, lo inspirado es el pensamiento del profeta, las ideas, entonces las palabras pueden variar, siempre y cuando transmitan correctamente el mensaje enviado por Dios.

Elena G. de White se identificó con la segunda posición. En 1886 ella escribió que «no son las palabras de la Biblia las inspiradas, sino los hombres»¹. Un ejemplo de este concepto de inspiración lo constituyen los Evangelios. Usted puede leer un mismo relato en cada Evangelio y notará que las palabras que usaron los evangelistas varían de uno a otro, pero en todos el significado y la idea que se querían transmitir no se ven alterados por las diferencias de vocabulario. Por otro lado no hemos de olvidar que se pueden expresar diferentes significados «con la misma palabra»².

No podemos pasar por alto que, como los escritos sagrados fueron dados «con propósitos prácticos», su transmisión se hizo «en el lenguaje de los hombres», no en «la forma del pensamiento y de la expresión de Dios», sino «en

la forma de la humanidad»³. Dios habla con acento humano. Y como «todo lo que es humano es imperfecto»⁴, el lenguaje usado en los escritos sagrados de una u otra manera refleja la imperfección humana, pues el lenguaje no es más perfecto que quienes lo utilizan.

Llama la atención que ese hermano que se opone a leer una nueva edición de los escritos del Espíritu de Profecía, no manifieste la misma actitud hacia las revisiones del texto bíblico.

¿Quién dice que hemos de leer la versión Reina-Valera de 1569 o la de 1602? ¿Es el lenguaje usado en la Reina-Valera de 1909 más sagrado que el de la revisión de 1960? ¿Acaso no es el lenguaje de la Reina-Valera de 1995 más «perfecto», pues es más entendible para nosotros, que la revisión de 1862?

Si las traducciones de la Biblia han sido revisadas, a fin de que su mensaje pueda ser mejor comprendido por los lectores de hoy, ¿no deberíamos hacer lo mismo con los escritos de Elena G. de White?

¡Elena G. de White estaría de acuerdo!

Si Elena G. de White viviera, no cabe duda de que estaría completamente de acuerdo con la actualización de sus escritos, pues ella reconocía que el lenguaje evoluciona y que no era una especialista en el idioma ni una escritora profesional. En 1873, cuando tenía 45 años de edad, admitió que no era una «experta en gramática», pero que intentaría llegar a ser — con la ayuda de Dios — «una mujer versada en la ciencia»⁵ de escribir. Todavía en 1894 se consideraba a sí misma como «una escritora pobre» que no podía expresar con la pluma «los grandes y profundos misterios de Dios»⁶.

Estas limitaciones impulsaron a Elena G. de White a valerse de ayudantes literarios o editores⁷. En 1881 los editores eran coordinados por su hijo William⁸. En una declaración publicada en 1906, ella reconoció:

«Mientras mi esposo vivió, actuó como ayudante y consejero en el envío [transmisión] de los mensajes que me eran dados [...]. Después examinábamos juntos el asunto. Mi esposo corregía los errores gramaticales y eliminaba las repeticiones inútiles. Esto era cuidadosamente copiado para las personas a quienes iba dirigido, o para el impresor. A medida que creció la obra, otros me ayudaron en la preparación

del material para su publicación. Después de la muerte de mi esposo, se me unieron *fieles ayudantes*, los que trabajaron infatigablemente en la obra de copiar los testimonios y preparar artículos para su publicación»⁹.

En 1883 surgió la necesidad de publicar una nueva edición de los primeros *Testimonios*. Elena G. de White creyó que aquella iba a ser una buena oportunidad para corregir ciertos *defectos de expresión* a fin de presentar el mensaje con la mayor belleza literaria posible. Debido a la envergadura del proyecto, el asunto se presentó al Concilio de la Asociación General de aquel año. Uno de los considerandos del acuerdo decía:

«CONSIDERANDO que muchos de los *Testimonios* fueron escritos bajo circunstancias muy desfavorables, pues la autora se hallaba presionada por el trabajo y las preocupaciones que le impedían lograr la *perfección gramatical de sus escritos*, y que estos fueron impresos con tal prisa que se deslizaron *estas imperfecciones gramaticales* sin ser corregidas.

SE ACUERDA que en la reimpresión de estos volúmenes se hagan los cambios terminológicos necesarios para *corregir las imperfecciones* mencionadas hasta donde sea posible, *pero sin alterar en nada el pensamiento*»¹⁰.

En 1911 se llevó a cabo una revisión y actualización de *El conflicto de los siglos*, lo cual permitió que se le agregaran ilustraciones, referencias históricas, una ampliación del índice general, se corrigieran las inexactitudes, se cambiaran expresiones que pudieran resultar ofensivas, se hicieron algunas adaptaciones al vocabulario teológico. Cuando finalizó el proyecto de actualización, Elena G. de White expresó su «gran placer» por los cambios introducidos al libro. Le aconsejó leer el informe completo sobre esta edición del *El conflicto de los siglos* en el Apéndice A de *Mensajes selectos* t. 3, pp. 494-503.¹¹

Por supuesto, siempre hay gente «más papista que el papa» y, aunque la señora White estuvo de acuerdo con la actualización de sus libros, no faltaron aquellos que repudiaban dichos cambios.

Modernizando el lenguaje

Nosotros somos conscientes de que la publicación en castellano de los libros del Espíritu de Profecía también ha estado rodeada de imperfecciones, no del mensaje, sino de los transmisores del mensaje, especialmente a otras lenguas, como es el caso de la nuestra.

Desde que se publicó el primer libro de Elena G. de White en nuestro idioma, que hasta donde sabemos fue *El camino a Cristo* en 1896, hasta el último, *Hijas de Dios* en el 2008, es mucho lo que ha evolucionado el español. Para comprobar esto basta con ir a www.rae.es y consultar el *Nuevo tesoro lexicográfico de la lengua española*. Esta herramienta le permitirá rastrear la evolución de cualquier palabra desde el *Diccionario de Autoridades* de 1726 hasta el *Diccionario*

de la Real Academia de la Lengua (DRAE) en su versión en línea completamente actualizada.

La señora White, por ejemplo, habló en contra del uso de «drogas» en los sanatorios adventistas. En 1884 la definición de «droga» que daba el Diccionario era la siguiente:

«Nombre genérico de ciertas sustancias minerales, vegetales o animales, que se emplean en la medicina».

La edición del Diccionario de la Academia añade la siguiente acepción, que figura como la segunda, aunque más bien debiera ocupar el primer lugar por el uso actual de la palabra «droga»:

«Sustancia o preparado medicamentoso de efecto estimulante, deprimente, narcótico o alucinógeno».

En 1884, la palabra «droga» se refería a lo que hoy conocemos como «medicamento» o, más bien, «fármaco». Ahora bien, en la actualidad «droga», alude casi exclusivamente a la cocaína, la heroína, la marihuana, el éxtasis.

Como el lenguaje ha evolucionado, es necesario que podamos tener una versión de los escritos del Espíritu de Profecía que, sin alterar el mensaje original, sea más entendible para la nueva generación de creyentes. He aquí algunos de los cambios y criterios que se han ido aplicando a las obras de Elena G. de White.

1. Versión bíblica

En muchos de los libros de Elena G. de White se ha usado la versión Reina-Valera 1909 y la Versión Moderna (VM), que de «moderna» tiene bien poco, pues fue publicada en 1893. En la nueva edición, los textos bíblicos, salvo indicación en contra, han sido tomados de la Reina-Valera 1995 (RV95). No es un secreto que la RV95 es una de las versiones que tiene el doble honor de ofrecer un excelente español y ser leal a los originales bíblicos. El simple hecho de hacer este cambio de versión bíblica le da a los escritos de la hermana White un tono de actualidad manifiesto.

2. Arcaísmos y ortografía

Se han eliminado las expresiones que han caído en desuso. No se han traducido los nombres propios, conforme a los usos actuales; ya que a nadie se le ocurre hoy hablar de Guillermo Shakespeare, como era usual a principios del siglo XX. Así que usted ya no encontrará en la nueva edición de *Primeros escritos* a *Guillermo Miller*, sino a *William Miller*; ni a *Tomás Paine*, sino a *Thomas Paine*. Solo son excepciones a esta norma los nombres de Elena G. de White, Jaime White, Urías Smith y, por supuesto, los nombres de personajes históricos como Josefo, Martín Lutero o Juan Calvino.

El uso abusivo del vocablo «hombre», que para muchos ya no incluye a los dos sexos —varones y mujeres—, ha sido sustituido en muchos párrafos por «ser(es) humano(s)», «gente», «persona», etcétera.

Como muchos de esos libros fueron publicados antes de 1950, su ortografía ha quedado obsoleta, y da una imagen de antigüedad a las nuevas generaciones. En esto fue determinante el uso de la versión Reina-Valera antigua de 1909. Por ejemplo, en los libros encontramos con tilde palabras como: *fé, vió, fué, incluido, destruído, pié*, y otras más. Pero desde la publicación en 1952 de las *Nuevas normas de prosodia y ortografía*, ninguna de estas palabras puede llevar tilde. Además hemos optado, conforme a la última actualización de las normas de ortografía de la Real Academia, por la supresión de la tilde de todos los pronombres demostrativos y del adverbio «solo». Hemos evitado asimismo el leísmo (ver el cuadro que figura al final de este artículo), heredado de las antiguas versiones Reina-Valera, y que tan poco elegante, cuando no completamente incorrecto resulta. Cuando se editaron estos libros estaba en pleno apogeo la «leyenda» — que a muchos les conviene seguir propalando — de que las mayúsculas no se acentúan, cuando la Academia jamás había dicho tal cosa. Así que hemos procedido a eliminar este malentendido, por lo menos de los libros, aunque quizá siga vigente en las mentes de muchos. Simplemente hace sesenta años este tipo de cosas eran — o se consideraban — correctas; pero el lenguaje ha evolucionado, y ya no lo son. Así que nosotros no podemos ir contra las reglas gramaticales y ortográficas vigentes.

Me pregunto qué pensará Lizangelys, mi hijita mayor, que ya ha comenzado a dar sus primeros pasos en el aprendizaje escrito del idioma, si la obligamos a que tenga que comparar el castellano que le enseñan en la escuela con el que aparece en «los libros rojos» de la señora White. ¿Pensará que su maestra no sabe gramática? ¿No pudiera ser que



oponiéndonos a la actualización de sus escritos, al mismo tiempo estuviéramos contribuyendo a un analfabetismo funcional de nuestros jóvenes?

Fe de erratas

En estos momentos estamos trabajando en la actualización del libro *Consejos sobre la obra de la Escuela Sabática*. En las páginas 18 y 19 de la edición actual, nos hemos encontrado con algo que nos resultó muy chocante. Se trata de la sección titulada «No descuidéis la lección de la escuela sabática». Por este subtítulo todo hace suponer que Elena G. de White quiere fomentar el estudio diario de la *Guía de Estudio de la Biblia*. Sin embargo cuando leemos el texto percibimos que algo anda mal. He aquí la cita: «El estudiante de la escuela sabática debe ser tan concienzudo en su fervor por estar versado en el conocimiento de las Escrituras como por sobresalir en el estudio de las ciencias. Si alguna de las dos cosas *se descuida, deben ser las lecciones de los seis días*» (la cursiva es nuestra).

Esta declaración sugiere que el cristiano debe preocuparse por conocer la Biblia y las ciencias, pero que si va a descuidar una de las dos, esta debe ser el estudio de la lección de la Escuela Sabática. Evidentemente ahí falla algo. Parece evidente que en realidad la mensajera del Señor lo que quiso decir es: «Si alguna de las dos cosas se descuida, *no* deben ser las lecciones de los seis días». Ahora bien, los editores no podemos corregir esto por el simple hecho de que a nosotros nos parezca que está mal. Así que hicimos lo que corresponde, consultar el original inglés, un artículo publicado en la *Review and Herald* el 28 de noviembre de 1878. Para nuestra sorpresa la traducción en castellano es correcta, pues en inglés dice: «*If either is neglected, it should be the lessons of the six days* [Si alguna de las dos cosas *se descuida, deben ser las lecciones de los seis días*]». ¡El «no» falta en el original inglés!

¿Quiso decir la señora White que entre la ciencia y la Biblia es mejor dejar de estudiar la Palabra de Dios? ¡Claro que no! Aquí estamos frente al «aguijón de la carne» de todo editor: las erratas. Se les pasó colocar el «no» en el original, y el problema siguió en la traducción al castellano.

Libros actualizados

Al momento de publicar este artículo se había hecho una revisión parcial a la Serie de *El Conflicto* y de *Eventos de los últimos días*, y una mucho más exhaustiva a libros como: *El camino a Cristo*, *Así dijo Jesús (El discurso maestro de Jesucristo)*, *Mensajes para los jóvenes*, *La educación*, los dos tomos de *Mente, carácter y personalidad*, *Hijas de Dios*, *Fragantes promesas*, *Primeros escritos*, *Conducción del niño* y *El hogar cristiano*.

Es innegable que habremos cometido nuestras propias erratas, pero no hay duda de que esta nueva edición de los libros es mucho más comprensible, y atractiva en todos los sentidos, que la anterior, empezando por el simple hecho de tener un tamaño mayor (la edición antigua era de 11 x 17 cm,

la actual es de 13.5 x 20.5 cm). La tipografía es más legible, por el tipo (fuente) usado, por el tamaño y grosor de la letra, y por el interlineado. En fin, esta es una obra hecha para lectores que ya no viven en el siglo XIX, sino en el XXI, donde reinan los medios de comunicación audiovisuales y todo el mundo tiene todo a su alcance en Internet.

Y qué mejor que terminar con las palabras de la conclusión de uno de los mejores sermones de todos los tiempos, de un sabio predicador, que siempre procuró usar con propiedad el idioma:

«Además de ser sabio, el Maestro impartió conocimientos a la gente. Ponderó, investigó y ordenó muchísimos proverbios. Procuró también hallar las palabras más adecuadas y escribirlas con honradez y veracidad. Las palabras de los sabios son como agujones. Como clavos bien puestos son sus colecciones de dichos, dados por un solo pastor. Además de ellas, hijo mío, ten presente que el hacer muchos libros es algo interminable y que el mucho leer causa fatiga. El fin de este asunto es que ya se ha escuchado todo. Teme, pues, a Dios y cumple sus mandamientos, porque esto es

todo para el hombre. Pues Dios juzgará toda obra, buena o mala, aun la realizada en secreto» (Eclesiastés 12: 9-14).

Referencias

1. *Mensajes selectos*, t. 1, p. 24
2. *Ibid.* p. 23.
3. *Ibid.*
4. *Ibid.* p. 24.
5. *Mensajes selectos*, t. 3, p. 100
6. *Ibid.*
7. Para más detalles sobre la relación de Elena G. de White con sus ayudantes literarios consulte a George R. Knight, *Conozcamos a Elena de White* (Doral, FL: APIA, 2001), 92-95.
8. Herbert E. Douglass, *Mensajera del Señor* (Doral, FL: APIA, 2000), p. 110. Para un estudio a fondo de las funciones que desempeñó William C. White en el ministerio de su madre, ver Jerry Moon, *W. C. White and Ellen G. White: The Relationship Between the Prophet and Her Son* (Bertien Springs, MI: Andrews University Press, 1993)
9. *Ibid.* p. 99. La cursiva es nuestra.
10. Usted puede leer el informe completo en *Review and Herald*, 27 de noviembre de 1883.
11. Ver a Arthur L. White, *Elena de White: Mujer de visión* (Doral, FL: APIA), pp. 552-558.

EL LEÍSMO

El DPD (*Diccionario panhispánico de dudas*) normativo, por haber sido aprobado por unanimidad por todas las Academias de la Lengua Española, define así el «leísmo»: «Es el uso impropio de *le(s)* en función de complemento directo, en lugar de *lo* (para el masculino singular o neutro), *los* (para el masculino plural) y *la(s)* (para el femenino), que son las formas a las que corresponde etimológicamente ejercer esa función». El fenómeno es complejo y en los buenos tratados de sintaxis se expone con detalle y el propio DPD da una completa explicación. Sin embargo, para quienes no son lingüistas o conocedores profundos de la lengua española, creemos que bastarán algunos ejemplos tomados de la propia Reina-Valera de 1909 y de 1960, en comparación con la revisión de 1995 (en todos los casos hemos conservado la ortografía original).

Mateo 26: 71

REINA-VALERA ANTIGUA, 1909 (RVA): «Y saliendo él á la puerta, *le* vió otra, y dijo á los que estaban allí: También éste estaba con Jesús Nazareno».

REINA-VALERA 1960 (RV60): «Saliendo él a la puerta, *le* vio otra, y dijo a los

que estaban allí: También éste estaba con Jesús el nazareno».

REINA-VALERA 1995 (RV95): «Saliendo él a la puerta, *lo* vio otra y dijo a los que estaban allí: —También este estaba con Jesús, el nazareno»

En buen español «*le* vio», puesto que *le* no puede ser más que dativo (complemento de objeto indirecto) significa que vio algo de alguien. Es decir «*le* vio la cara» o «*le* vio las intenciones», pero no que «*vio* a la persona», que entonces se tiene que decir «*lo* vio».

Más claro, y sin prácticamente necesidad de explicaciones, se ve en el caso siguiente:

Juan 1: 18

REINA-VALERA ANTIGUA, 1909, (RVA): «A Dios nadie *le* vió jamás: el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él *le* declaró».

REINA-VALERA 1960 (RV60): «Dios nadie *le* vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él *le* ha dado a conocer».

REINA-VALERA 1995 (RV95): «A Dios nadie *lo* ha visto jamás; el unigénito Hijo, que *están* en el seno del Padre, él *lo* ha dado a conocer».

Aunque el uso de *le* con valor de acusativo (complemento de objeto directo) se tolera en algunos casos, resulta completamente inaceptable en plural: *les*.

En cambio en las versiones anteriores de la Reina-Valera y otras traducciones bíblicas aparecían errores tan graves como este:

Juan 21: 20-21

REINA-VALERA ANTIGUA, 1909, (RVA): «Volviéndose Pedro, ve á aquel discípulo al cual amaba Jesús, que seguía, el que también se había recostado á su pecho en la cena, y *le* había dicho: Señor, ¿quién es el que te ha de entregar? Así que Pedro vió á éste, dice á Jesús: Señor, ¿y éste, qué?». La RVA, como pueden observar usa incluso una forma más arcaica, que hoy nos suena realmente mal y no es de recibo.

REINA-VALERA 1960 (RV60): «Volviéndose Pedro, vio que *les* seguía el discípulo a quien amaba Jesús, el mismo que en la cena se había recostado al lado de él, y *le* había dicho: Señor, ¿quién es el que te ha de entregar? Cuando Pedro *le* vio, dijo a Jesús: Señor, ¿y qué de éste?».

REINA-VALERA 1995 (RV95): «Volviéndose Pedro, vio que *los* seguía el discípulo a quien amaba Jesús, el mismo que en la cena se había recostado al lado de él y *le* había dicho: «Señor, ¿quién es el que te ha de entregar?» Cuando Pedro *lo* vio, dijo a Jesús: —Señor, ¿y qué de este?».

Para predicar mejor

Pablo Perla

EN NUESTRA ENTREGA anterior dijimos que la introducción, en la estructura del sermón, desempeña un papel determinante a la hora de captar la atención de la audiencia. Sugeríamos que lo ideal era redactar por escrito la introducción, frase por frase, palabra por palabra. Y destacamos que, para hacer una buena introducción, hay que definir claramente la idea central del sermón; pues resulta imposible hacer una buena introducción a un concepto vago, general y anodino. Los buenos predicadores, decíamos entonces, saben perfectamente *qué van a decir y cómo lo van a decir*, antes de resolver *cómo lo van a introducir*.

Siguiendo con el asunto de la introducción, debemos resaltar que los expertos en predicación indican que hemos de disponer de diversas formas de introducir el sermón, evitando el estilo repetitivo y predecible. Para lograrlo sugieren diversos recursos introductorios, entre ellos los siguientes: preguntas, citas, situaciones humorísticas, ilustraciones, oraciones, poemas, himnos, definiciones de términos, planteamiento de problemas, noticias, refranes.

Personalmente disfruto grandemente, y me ha resultado muy útil, leer sermones de buenos predicadores. He adquirido varias colecciones de sermones, y, con el propósito de aprender a predicar cada vez mejor, dedico tiempo a analizar cada detalle de los sermones de los grandes maestros de la predicación. Procurando ser prácticos y útiles en esta entrega, veremos cuatro ejemplos de introducciones a sermones, basadas en el recurso de las preguntas, de cuatro diferentes grandes predicadores. A fin de cuentas sigue siendo verdad que viendo como hace el maestro es que aprende el discípulo.

En primer lugar veamos cómo Fulton J. Sheen introduce su sermón titulado «¿Es la vida digna de ser vivida?».

«¿Es la vida digna de vivirse, o resulta aburrida y monótona? La vida resulta monótona si no tiene significado; pero no es monótona cuando tiene un propósito. [...] La vida resulta monótona si no tiene objetivo o propósito. Cuando no sabemos por qué estamos aquí, ni sabemos hacia dónde vamos, la vida está llena de frustraciones e infelicidad. Cuando no hay objetivo ni propósito la gente se concentra en el cambio. En lugar de trabajar por un ideal continúan cambiando de ideal y llaman a eso progreso [...]».¹

Ahora pasemos a observar cómo Norman Vincent Peale introdujo su sermón «El asombroso poder de la oración».

«¿Alguna vez ha pensado en esta pregunta?: ¿Qué le sucedería a usted, y a través de usted al mundo, si usted hiciera de la práctica de la oración un programa central en su vida? ¿Qué le parece a usted que ocurriría si saturara su mente con la Biblia; si estudiara y practicara los principios de la oración contenidos en ella? Todos oramos; unos más otros menos. Me parece, no obstante, que la mayoría de ustedes estará de acuerdo conmigo en que casi siempre lo hacemos a la ligera y poco».²

En estas dos primeras introducciones es importante que nos fijemos en *cuán directamente se hallan ligadas al título las preguntas introductorias*, que abiertamente nos indican cuál es el argumento del sermón. Además, resulta interesante que, mientras la primera introducción incluye una sola pregunta, la tercera plantea tres preguntas seguidas, debidamente presentadas en orden lógico.

En tercer lugar notemos cómo N. R. Dower introduce su sermón titulado: «Para ganar a Cristo».

«¿Qué significa Cristo para ti? ¿De qué forma ha influido él en tu vida? ¿Cómo ha sido esto reflejado en tu relación con él, con los demás, y con un mundo que necesita de ti? ¿Cuál es nuestra función distintiva como adventistas del séptimo día en el mundo de hoy? ¿Cómo pueden nuestra vida y servicio ser realmente efectivos y productivos?».³

El párrafo completo de este tercer ejemplo consiste en cuatro preguntas formuladas rápidamente una tras otra. El predicador es como boxeador lanzando golpes seguidos para impactar con fuerza la mente, despertar la curiosidad y captar la atención de inmediato.

Por último detengámonos en la magistral forma de introducir su sermón «Alabado sea el Señor», el gran teólogo y, cosa no muy común, también gran predicador, Karl Barth.

«Queridos hermanos y hermanas: ¿Puedo invitarlos, exhortarlos, pedirles que se unan conmigo —no, no conmigo, sino con Aquel que habla en la Sagrada Escritura— a este: “Alabado sea el Señor cada día”? Nuestros pensamientos y sentimientos acostumbran a ir en una dirección totalmente contraria. No alabamos al Señor, sino que todos nosotros —me incluyo yo— murmuramos».⁴

Este último ejemplo yo lo considero el mejor de los cuatro. Fíjese en el detalle de las tres palabras: *invitarlos, exhortarlos, pedirles*. Observe cómo crece la intensidad de la acción. Además la autocorrección: «que se unan conmigo —no, no conmigo, sino con Aquel que habla en la Sagrada Escritura—», despierta la atención del oyente y nos traslada de la persona del predicador a la persona de Dios, dando así un extraordinario peso de autoridad a la apelación del orador.

En la próximas entregas analizaremos otros recursos introductorios. Mientras tanto analice y compare cada una de estas cuatro introducciones. Aprópiase de ellas, aprenda de ellas y experimente con ellas. Sus buenos sermones merecen una buena y bien pensada introducción que cautive a la audiencia. †

Referencias

1. Warren W. Wiersbe, ed., *Sermons of the Century* (Grand Rapids: Baker, 2000), p. 194.
2. *Ibid.* p. 256.
3. Herbert E. Douglass, ed., *If I Had One Sermon to Preach* (Washington: Review and Herald, 1972), p. 55.
4. Karl Barth, *Al servicio de la palabra* (Salamanca: Sígueme, 1985), pp. 141-142.

CUANDO
DIOS
DIJO

"Acuérdate.."

MARK FINLEY

CUANDO DIOS DIJO "ACUERDATE..."

Mark Finley

¿Por qué la mayor parte del mundo cristiano ignora este mandamiento?

¿Será posible que la mayoría de los cristianos no se acuerden?

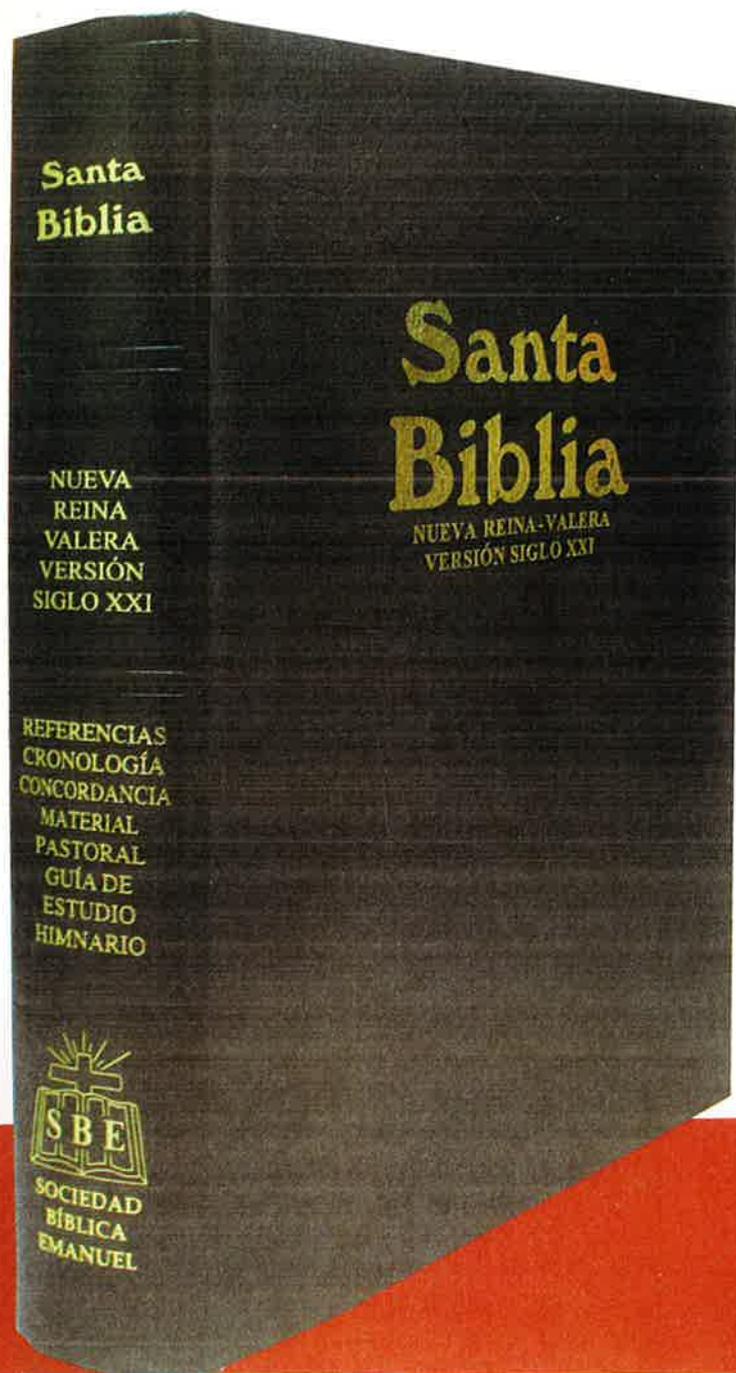
¿Por qué el cuarto mandamiento es el único del cual Dios dijo "Acuérdate"?

Ideal para distribuir masivamente. Una defensa contundente y actualizada del sábado.

¡Atención!
¡Este libro cambia vidas!

Para pastores y ancianos

La Biblia completa y todos los textos necesarios para las ceremonias eclesíásticas en un solo volumen bellamente presentado y con texto muy legible.



Material pastoral:

1. Bendiciones sacerdotales
2. Promesas para los dirigentes
3. Código de ética del pastor
4. Los deberes del trabajo pastoral
5. La ordenación al ministro
6. La bendición de una casa
7. La dedicación de un templo
8. Dedicación de niños
9. Servicio de Comunión
10. Voto matrimonial
11. Voto bautismal
12. Ungimiento de enfermos
13. Funerales
14. Pasajes doctrinales

La mejor ayuda para el líder de iglesia